

LA REBELIÓN DE LOS ÁTOMOS

H.S. THELS

La rebelión de los átomos

H. S. Thels

Espacio el Mundo Futuro/005

PRIMERA PARTE
CAPÍTULO PRIMERO

Don Olson aminoró ligeramente la marcha de su autogiro. Desde el lugar en el que su aparato se movía, la amplia terraza del Instituto Nuclear de Nueva York le aparecía como una extensa superficie brillante en la que se iban posando los aparatos que le precedían.

Muy por encima de él, los helicópteros públicos, con su característico color negro, formaban la mayoría de la circulación aérea de la ciudad. Las calles, que las películas de hacía cincuenta años hacían ver repletas de vehículos de todas clases, ofrecían en los tiempos presentes una circulación tranquila de peatones por las ensanchadas calzadas que ocupaban la totalidad de las grandes avenidas, simplemente separadas por una verde franja de jardín diminuto y raquítico que indicaba la dirección del trafico.

Era difícil comparar aquel Nueva York con el de hacía solamente treinta años.

Mientras Olson maniobraba, esperando la señal para posar su autogiro en la abarrotada azotea, pensó en la lucha que sus padres ofrecieron para impedir que la ciudad de los rascacielos dejara de serlo. Pero, ahora, bastaba solamente una rápida ojeada para percatarse de que Nueva York no ofrecía la orgullosa verticalidad de otros tiempos.

Vista desde el aire, único y habitual punto de observación para el hombre del naciente siglo XXI, la urbe era como todas las del mundo. Su uniformidad había nacido de la necesidad de las nuevas normas de circulación. Al desaparecer el automóvil como vehículo de la ciudad, por imposibilidad de sitio para moverse, el helicóptero había tomado definitivamente la preponderancia, convirtiéndose en el medio normal y natural de transporte urbano particular o colectivo.

Eso era precisamente lo que hacía parecer a las ciudades como Nueva York a grandes colmenas cuyos alados habitantes volasen a su alrededor en espesos enjambres.

La célula fotoeléctrica de a bordo indicó al joven que el momento de

aterrizaje había llegado. Uno de los empleados de la azotea había dirigido contra su aparato su lámpara de señales infrarrojas.
El helicóptero de Olson descendió, en una perfecta verticalidad, al lugar destinado y que le indicaban los empleados de la circulación. Una vez posado sobre la brillante superficie de la azotea, saltó ágilmente de la cabina.
— Tome su número, señor Olson.
El empleado le alargó una ficha redonda que el joven se colocó en la solapa de su chaqueta. Seguidamente avanzó hacia las bocas de los ascensores.
Entretanto, su aparato, tirado por un minúsculo carrito, estaba siendo dirigido hacia la plataforma que lo llevaría a los garajes internos del edificio.
Don penetró en el ascensor, completamente vacío, y que inmediatamente se puso en marcha descendiendo a gran velocidad.
El joven, dejándose llevar por sus ideas retrospectivas, pensó en la curiosidad que constituiría la comparación en el cambio de vida, ya que, hasta hacia poco tiempo, el ascensor había servido más para subir que para bajar. Ahora, de una manera rotunda, para llegar a algún sitio se habla de descender siempre y para salir del mismo lugar, era obligado subir.
Algunos hablaban ya de permutar el nombre de "ascensor", por el de "descensor"; pero la costumbre había seguido imponiéndose de tal forma, que el neologismo no parecía ser aceptado.
Quizá aquel brusco cambio en los sentidos que había acontecido a finales del siglo XX, era responsable de una serie de fenómenos humanos que llevaban camino de modificar muchas cosas.
El hombre, obligado ahora a mirar a las ciudades desde lo alto, sentía acrecentarse su egocéntrica idea de superioridad y, al mismo tiempo, de mezquindad hacia su propia obra.
En otros tiempos, los hombres admiraban todo lo que grandiosamente se elevaba ante ellos; aquellos mismos célebres rascacielos desaparecidos, eran motivo constante de sincero asombro para los que llegaban al famoso puerto de Nueva York.
Ahora...
Sobre las aguas de los océanos, los buques no llevaban, en sus enormes panzas, más que material o ganado. Ningún hombre hubiese perdido el tiempo en hacer un viaje en los cómodos supertransatlanticos de finales de siglo, porque sencillamente aquellos elegantes armatostes habían desaparecido.
El ascensor se detuvo suavemente. Una voz, que brotaba de un altavoz oculto entre los adornos, sonó delicadamente.
— “Segunda puerta a la derecha, señor Olson. El número de su asiento es el 318."

Las puertas se abrieron y el joven se encontró en un alfombrado pasillo que recorrió hasta el lugar que acababa de indicarle la voz del empleado encargado de la recepción televisada.
Al atravesar el invisible haz de luz de la célula fotoeléctrica, la puerta se abrió ante él y hasta Don llegó el animado rumor de las conversaciones que se elevaban por doquier.
Durante unos instantes, Olson pensó en su joven esposa, que regresaría aquel mismo día de una clínica de Los Angeles, La idea de encontrarse en casa con una personita mas le emocionó profundamente, aislándole por completo del rumor de las animadas conversaciones que le rodeaban insistentemente. Sentía algo de íntima decepción al no poder recibir a su mujer, ya que la convocatoria de aquella importante reunión le había llegado en el preciso momento en que se disponía a volar hacia el aeropuerto neoyorquino.
El radlodiagnóstico había precisado que se trataría de un varón y, en el fondo de su alma, igual que cualquier hombre de no importa que siglo pasado, Don Olson se sentía infantilmente orgulloso de su primogénito.
Buscó y encontró fácilmente el asiento que llevaba el número 318. Después de acomodarse, lanzó una distraída mirada a la pantalla que tenía ante si y en la que aparecería, dentro de algunos minutos, el rostro televisado del orador que hablaría desde una cámara, invisible para los oyentes que no podrían observarle más que a través de las individuales pantallas que estaban situadas ante cada pupitre.
Hubo de esperar cerca de diez minutos antes que el brusco cambio de luz les indicase el silencio que precedía a la conferencia. Inmediatamente después, las pantallas de televisión se iluminaron.
Olson siguió curiosamente las saltonas líneas que iban fijando la sintonía óptico—verbal; luego, inopinadamente, la visión se aclaró, en sucesivos enfoques, hasta aparecer el rostro enérgico y conocido del profesor Alan O. Francis.
¡Alan O. Francis!
Don conocía, como la mayoría de los jóvenes físicos del mundo entero, la positiva y fuerte personalidad de Alan O. Francis. Había sido alumno suyo y le admiraba sinceramente, a pesar del agrio carácter del profesor que lo hacía parecer tan árido como los mismos temas de Física nuclear en los que era una indiscutible autoridad.
Para la mayoría de los oyentes, el profesor Francis no era precisamente una presencia simpática en ningún Congreso Mundial; su dura manera de rebatir los argumentos de los otros sabios; su rotunda forma y su tono mordaz cuando se sabía poseedor de la verdad conocida, le habían hecho crearse una considerable cantidad de enemigos en el campo de la ciencia. Pero, por encima de los sentimientos particularmente humanos, la presencia de Alan O.

Francis, llevaba consigo una muestra orgullosa del lugar al que ha podido llegar la mente humana por encima de todos los obstáculos.
— “Señores —su voz poseía un indudable tono de autoridad—, nos hemos reunido aquí, en sesión especialmente extraordinaria, porque una imperiosa necesidad lo ha exigido. La nueva organización mundial de la Energía Atómica reclama de vosotros un cambio total en los procedimientos seguidos hasta aquí. Los Estados Unidos de América del Norte y la Federación Europea de Naciones Occidentales se han reunido para definir el camino en el control atómico. —Hizo una pausa y en la pantalla se vieron sus ojos brillar intensamente—. Desde hace diez y nueve años, cuando acabo la tercera Guerra Mundial, el problema de la Energía Nuclear ha ido aumentando de importancia de tal modo, que hoy no podemos por menos de aceptar los puntos de vista de nuestros gobernantes. La desaparición de la Unión Soviética y la existencia del Espacio Siberiano han hecho pensar en la probabilidad de transportar a aquellos tranquilos lugares los depósitos que la Humanidad posee de uranio, plutonio y otras diversas sustancias radioactivas. —Se dibujó una sonrisa en su alargado rostro —. Es un honor para nosotros, los norteamericanos, que las naciones nos hayan confiado el cuidado de esos depósitos. Dos equipos estadounidenses serán los encargados de esa vigilancia. —Sacó de uno de sus bolsillos unos arrugados papeles—. He aquí la lista de los dos equipos: el doctor Don Olson, con los doctores Walter Byles y Philip Markel, como ayudantes, formaran el primer equipo. El doctor James Scott con los doctores William Ellin y Peter Tracy, igualmente como ayudantes, formarán el segundo. Todos estos señores se presentaran inmediatamente a mi; el resto, asistirá a la proyección televisada, desde la región de Ploskogorie, junto al río Vilivi, del traslado a aquellas zonas de los grandes depósitos europeos que han sido los primeros en ser llevados allí".
Las pantallas televisadas se apagaron unos instantes y la potente luz volvió a iluminar la sala, de conferencias, para permitir salir de sus asientos a los que el profesor había convocado.
Se levantó Don y después de abandonar la estancia siguió por el pasillo hacia el lugar que indicaban las flechas luminosas que se habían encendido para orientar a los doctores en aquel complejo laberinto que era el enorme edificio del Instituto Nuclear de Nueva York.
Íntimamente estaba profundamente contrariado de la elección que le hacía ser uno de los que debían partir hacía aquella alejada región de la antigua Siberia soviética. Su imaginación no se apartaba ni un sólo instante de la inminente llegada de Dora y el pequeño. Ahora que pensaba pasar unos deliciosos días en compañía de su nueva familia, las necesidades del mundo le reclamaban lejos de su hogar.

El despacho del profesor Francis poseía una majestuosidad imponente que cuadraba armónicamente con la personalidad del sabio.
Éste, sentado tras la enorme mesa del poliestieno traslúcido, en un bello color verde, sonreía, cuando llegó Don, a los que le habían precedido.
Inmediatamente después el físico procedió a las presentaciones de rigor. Así conoció Olson a los hombres con los que tenía que convivir largo tiempo, no sabía en realidad, cuanto.
Walter Byles era un muchacho alto, desgarbado de escaso cabello rublo que hacía aún más patente su precoz calvicie, brillante y con un tono moreno que el sol le había dado. Llevaba gafas y un ligero bigote, de igual color que sus cabellos, no llegaba en forma alguna a ensombrecer la zona de su labio superior.
Philip Markel era, por el contrario, un hombre fuerte, grueso, musculoso, aparentemente dotado de una tranquilidad de carácter que, no obstante, se desmentía en el temblor constante de sus gruesas manos.
Don les acogió con sincera simpatía.
Mientras el profesor Alan conversaba con los miembros del otro equipo, Olson intentaba sondear psicológicamente la personalidad de cada uno de sus futuros colaboradores.
— Hace muy poco tiempo —decía el delgaducho Byles —que he regresado de la región alta del Amazonas, donde he realizado unos estudios sobre la posible contaminación radioactiva de sus aguas. Acababa de llegar a casa de mis padres, cuando fui requerido para esta reunión. No sabe usted, doctor Olson, la preocupación que me producen estas misiones especiales. Creo con toda sinceridad que ya empieza a ser demasiada carga la que estamos soportando los norteamericanos en todo lo que se refiere a los asuntos nucleares.
Su compañero, el grueso doctor Markel, emitió un silbido desaprobador.
— No estoy de acuerdo con usted, Walter —dijo, mientras sus manos temblaban aún más intensamente que de costumbre—. Es verdad que tuvimos muchísima responsabilidad en los comienzos de la Era Atómica, allá por los años que siguieron a la S. G. M[1] .; entonces, los Estados Unidos cargaron con la mayor parte del peso y la más grave responsabilidad de las sustancias atómicas. Pero estoy seguro que recordara usted perfectamente, por las páginas que hemos estudiado de los últimos acontecimientos de la Historia que, a partir del comienzo de la T. G. M.[2] , fue Europa la que consiguió un mayor desarrollo en los estudios de los productos termo-nucleares. La Federación Europea de Naciones nos llevó una amplia ventaja hasta que el profesor Alan O. Francis apareció entre los otros. Desde ese momento, la primacía —sonrió— y la responsabilidad que de ello

deriva, ha vuelto a caer sobre nosotros.
Don asintió con la cabeza.
— No es mala la idea de acumular las sustancias atómicas en la región siberiana. Constituye un verdadero peligro el tenerlas repartidas en mil puntos distintos y, además, será mucho más fácil ir sacando de allí las cantidades necesarias para nuestras fábricas.
Por encima de la amenidad de aquella conversación, Olson no dejaba de lanzar constantes ojeadas a su reloj, pensando que en aquellos instantes Dora estaría llegando al aeropuerto.
La voz del profesor les sacó bruscamente de la conversación.
— Supongo, señores —empezó a decir— que se habrán dado cuenta de la importancia de la misión que se les encomienda. Como yo, conocen lo delicado que es el transporte de las sustancias termo—nucleares. De todas formas, esperamos que nada desagradable ocurrirá, ya que los nuevos depósitos han sido construidos con gruesos muros de plomo para aislar cualquier desdichada reacción que se produjese. El primer equipo, esta destinado a la localidad siberiana de Tojur, al norte de los depósitos; el equipo número 2 ira a Pavlovo, al sur. Estarán en comunicación constante con nosotros y, naturalmente, entre los dos equipos existirá, un contacto establecido en cualquier momento para prevenir cualquier inesperada contingencia.
Volvió la espalda a los hombres y acercándose a su despacho abrió un enorme estuche negro, dejando al descubierto un complicado aparato en el que destacaban una multitud de círculos numerados en cuya base reposaban inmóviles agujas de diferentes colores.
— Es para mi un verdadero honor y una causa de intima satisfacción poner a disposición de ustedes este aparato que he construido con todo cuidado y que espero será un excelente auxiliar en la tarea que van a realizar.
Los físicos se habían acercado, con gran curiosidad, para observar desde cerca la extraordinaria invención del profesor Francis.
Éste, con una ligera sonrisa, no exenta de cierta comicidad, señaló, vuelto de espaldas, el aparato.
— Todos ustedes saben la utilidad que ha constituido hasta ahora el llamado "contador Geiger"; este archiconocido aparato servía para controlar la menor existencia en el aire de cualquier partícula radioactiva. Naturalmente, el contador Geiger era incapaz de precisar la clase de partícula cuya presencia "sentía" —apoyó su mano izquierda sobre el aparato que tenía a su espalda—. Mi "contador atomoscópico", por el contrario, es capaz de analizar cualitativamente cualquier partícula que cruce sus selectivos mecanismos internos. De esta manera, podrán ustedes conocer, en cualquier momento, la clase de corpúsculos que floten en el ambiente, ya que mi aparato no sólo

capta la presencia de núcleos materiales, sino que es capaz de percibir la existencia de "fotones” y "neutrinos"[3] .
Los presentes estaban maravillados ante la invención del profesor Francis. Curiosamente observaban, entre cuchicheos, los numerosos círculos numerados de que estaba dotado el extraño aparato.
— Será usted, doctor Olson, el encargado de cuidar de mi "contador atomoscópico", que le enviaré al aeropuerto un poco antes de la salida de su avión.
Don agradeció con una inclinación de cabeza el honor que constituía para él aquella determinación del profesor, Pero, inmediatamente, las últimas palabras de Francis despertaron en él una irresistible angustia.
— ¿Puede decirnos cuando saldremos? —inquirió con voz trémula.
— Este mismo anochecer —repuso Alan—. Es necesario que ocupen sus puestos cuanto antes; ya que la cantidad de uranio y derivados existentes en los nuevos depósitos es demasiado importante para no establecer una estrecha vigilancia desde el principio.

* * *

El autogiro, que dirigía con manos distraídas, se posó sobre la estrecha plataforma que emergía del balcón de su domicilio. La luz brotaba del interior, demostrando a Olson que su esposa había llegado ya.
De un ágil salto salió de la cabina, corriendo inmediatamente hacia el interior del edificio. Después de atravesar el amplio y moderno “living —room", el joven se precipitó por el ancho pasillo que conducía a las habitaciones interiores. Una uniformada forma blanca le detuvo en su precipitado avance hacia la puerta que daba al dormitorio.
— ¡Silencio, mister Olson, por favor!
Don murmuró precipitadamente una serie de excusas ininteligibles.
La enfermera sonrió al percatarse del azoramiento del físico.
— Puede usted pasar unos minutos —concedió la enfermera.— Su esposa y el pequeño se encuentran perfectamente. De todas maneras —su rostro adquirió una cómica seriedad— no debe permanecer mucho tiempo.
Una sonrisa de agradecimiento apareció en los labios de Olson que, empujando suavemente la puerta penetró de puntillas en la estancia.
Para el, para aquel físico eminente que estaba acostumbrado a realizar catastróficas experiencias con los átomos, la emoción de acercarse a la cuna del recién nacido constituía una emoción que era incapaz de borrar la civilización más avanzada que concebirse pueda.
Mientras Don examinaba; a través de las láminas plásticas que cubrían la protectora capa que envolvía totalmente la cuna, la rosada faz de su pequeñín, los ojos de Dana estaban fijos en la silueta de su marido, expresando, en aquella mirada, una felicidad difícil de comparar a

otra cualquiera.
El joven se acercó al amplio lecho en el que reposaba su esposa. La mano de ella apretó cariñosamente los nerviosos dedos de él. Luego, con breves palabras, expresaron los sentimientos que les embargaban en aquellos instantes.
De una rápida ojeada, el físico se percató de que nada faltaba a su joven esposa. Sobre las traslucidas planchas que constituían las paredes de la habitación, las placas de "termo-stabilt", la formidable sustancia, recientemente descubierta, que regulaba la temperatura de una manera constante, daban al ambiente una acogedora dulzura que agradaba en extremo.
La luz, de origen preponderantemente atómico, se filtraba por todas partes a través de redes de cristales microscópicos, suprimiendo por entero las sombras y proporcionando una visibilidad perfecta y que no fatigaba, en modo alguno, el ojo humano.
Olson se percató de que el lapso de tiempo que la enfermera le había concedido estaba a punto de expirar. Debía darse mucha prisa para anunciar a Dana su inminente y fatal marcha. Tembloroso, llegó a darse cuenta que lo mejor seria, por el momento, formular una piadosa mentira.
— Debo partir esta noche, por un par de días, a Europa, Estaré de vuelta en seguida. —Su voz expresaba una infinita ternura—. No Sabes, querida, lo que lo siento.
Ella apretó aún con más fuerza la trémula mano de su esposo. Su clara intuición femenina le hacia adivinar que las palabras que acababa de oír no representaban la exacta versión de los hechos. Comprendió que Don la mentía para evitar que ella se disgustase. Pero también tenía, como compañera de un nombre de lucha, su deber de aceptar el destino con la misma clara responsabilidad que su esposo.
— Claro que volverás en seguida —musitó con voz débil—. No olvides —añadió sonriendo— que tu pequeño heredero reclamara en seguida la presencia de su papa.
Inclinándose, el joven fisico posó sus labios sobre la húmeda frente de ella; luego, sonriendo, se alejó de puntillas hacia la puerta, en cuyo umbral aparecía ya la impaciente enfermera.

CAPÍTULO II

En las cabinas especiales de control, situadas en lo alto de la torre de mando del Aeropuerto Transcontinental de Nueva York, los especialistas estaban preparando las aero-rutas destinadas al aparato que llevaría a los físicos norteamericanos hasta las alejadas regiones de Siberia.

Desde el comienzo de la última década del siglo XX, exactamente en 1994, la técnica de la aviación experimentó un definitivo cambio que ya se anunciaba claramente muchos años antes. El número de aviones que volaba en aquellos tiempos llegó a ser tan grande que los accidentes por colisiones en el espacio estuvo a punto de hacer naufragar la aviación comercial, como cuarenta años antes se produjo un general pánico ante la inseguridad que ofrecían los primeros aparatos de pasajeros, con motores de retro—propulsión .

Hacia mucho tiempo que los especialistas aeronáuticos estudiaban la manera de evitar que en el aire se produjesen los accidentes que, hasta entonces, habían pertenecido a las carreteras y a las grandes avenidas de las gigantescas urbes. El espacio había dejado de ser la ilimitada zona en la que un avión significaba tanto como un gramo de polvo en una plaza.

Los accidentes se sucedían con una frecuencia espantosa y las medidas que se tomaron para evitar aquel estado de cosas no condujeron a la verdadera solución del problema.

Durante algún tiempo se limitaron las más altas zonas de la estratosfera a la navegación aérea comercial; se intentó controlar, lo más correctamente posible, los tiempos de vuelo de cada línea; se limitó el número de viajes; se llegó a marcar exactamente la altura de cada ruta. Todo ello condujo, naturalmente, a una protesta general de las gigantescas empresas internacionales que no podían desarrollar su trabajo en las estrechas condiciones que se les exigía.

Fue gracias a un ingeniero suizo, llamado Shüzte, que en febrero de 1994 asombró al mundo con el descubrimiento de sus "tele-rutas”, con las que no solamente solucionaba el problema planteado, sino que aplicaba, de una manera definitiva, los pilotos automáticos para toda clase de navegación aérea.

La "tele-ruta" consistía en un "camino", delimitado por ondas longitudinales, emitidas desde el punto de partida y recogidas en el punto de arribada, que constituían una verdadera vía electromagnética por la que se deslizaba, invariablemente, el avión. Ninguna variación era posible y no había error alguno en este maravilloso procedimiento.

El trazado en el espacio de una serie enorme de "tele-rutas", hacía parecer el aire a un enorme tejido de "caminos", una fantástica red, por la que se realizaba una circulación que la imaginación más desbocada no se atrevería a concebir.

Día y noche, rozándose casi, como ocurría en tiempos pasados cuando dos expresos se cruzaban en la noche, los aviones pasaban uno junto a otro, uno por encima del otro, por invisibles puentes, la una velocidad de vértigo, sin que el menor accidente se produjese.

Sujetos casi "materialmente", como si se deslizasen por unos invisibles rieles, los potentes aparatos a reacción, a velocidad casi dos veces

superior a la del sonido, constituían un legítimo orgullo para la técnica moderna, que había convertido el camino del espacio (¡el viejo sueño de la Humanidad!) en la ruta más cómoda y segura de todas las utilizadas sobre la tierra.

Olson se reunió con los miembros de los dos equipos en el enorme salón del aeropuerto. Una multitud de viajeros se distraía ante las cámaras de los periódicos televisados, que emitían sus informaciones gráficas en veinte idiomas distintos, esperando el momento de la salida dé sus respectivos aviones.

En una de las salas contiguas al gigantesco "hall", los niños, custodiados por nurses de raza negra, se distraían ante un gigantesco televisor que estaba emitiendo una sesión de cine recreativo que, en aquellos precisos instantes, estaban captando la cámaras en el Parque Internacional de Zoología de Kenya, en el África Ecuatorial.

Sobre la pantalla, de quince metros cuadrados, los animales de la selva que se había procurado conservar en sus ambientes genuinos, alejándoles de las enormes ciudades que se habían creado en el continente negro, estaban siendo televisados desde algún helicóptero y los niños se divertían y palmoteaban ante aquella grandiosa fauna, cuyos congéneres, enormemente degenerados, podían contemplar en los "zoos"' de las capitales americanas.

El físico, acompañado de los miembros de los dos equipos, se dirigió a uno de los bares, haciéndose servir una refrescante bebida, mientras charlaban animadamente.

Minutos más tarde, uno de los altavoces llamó la atención de aquellos hombres.

"¡Componentes de los equipos Primero y Segundo del Instituto Nuclear! ¡Tengan la amabilidad de dirigirse a la pista 111!"

Sin dejar de conversar animadamente, los físicos avanzaron hacia una de las salidas, en las que un amplio tapiz "roulant" les condujo, en pocos segundos, a la alejada pista 111.

La gigantesca silueta de un "Ultrakomet” estratosférico se destacaba sobre el estrellado cielo como un extraño ser que no encuadrase con la fisonomía conocida de la Tierra.

El aparato no era mas que un alargado tubo de cuya parte interior brotaban las enormes columnas que constituían su tren de aterrizaje. Las alas habían desaparecido por completo, ya que, desde el descubrimiento de las "tele—rutas", el problema de la estabilidad había desaparecido por completo. Como las emanaciones de ondas estaban producidas de tal forma que adquirían una imagen en todo semejante a una especie de huso, la marcha de los aparatos se regulaba maravillosamente, ya que unos receptores laterales lo mantenían en constante posición horizontal. Por su similitud a los corchos que sustentan en el agua a los aprendices de natación, tales

cuernos laterales habían recibido el nombre de "flotadores".
Una vez en el interior, Olson y sus compañeros se dispusieron a pasar el poco tiempo que duraría el trayecto en uno de los salones del segundo piso. Dado él carácter extraordinario de la expedición, el Gobierno de los Estados Unidos les había hecho reservara la totalidad del "Ultrakomet" para que se mantuviesen aislados de la curiosidad malsana de la gente y, podría ser, de la vigilante mirada y control de algún desaprensivo.
Todo el numeroso personal de servicio de aquellos verdaderos paquebotes aéreos fue licenciado, quedando solamente el personal estrictamente necesario para atender debidamente al grupo de sabios. Éstos, por lo tanto eran dueños absolutos de la aeronave.
El interior del "Ultrakomet" poseía todas las características necesarias para proporcionar la mayor comodidad posible a los viajeros De todas maneras, muchas de las cosas que las Compañías Aéreas mantenían aún, como superlujo, eran ya completamente inútiles, dada la cortedad del trayecto que, en el caso de mayor distancia, no duraba apenas tres horas.
Las cabinas particulares, dotadas de elegantes y cómodos lechos, permanecían, la mayoría de las veces, completamente intactas, ya que sus ocupantes preferían permanecer en los salones, donde las revistas en relieve natural o los televisores de noticias les mantenían distraídos durante el viaje.
Los físicos tomaron asiento en los mullidos sillones de uno de los salones de popa. El techo, completamente transparente, les proporcionaría una maravillosa visión del estrellado espacio.
Todo el interior del aparato estaba completamente aislado de las fuerzas naturales gracias a un procedimiento moderno y que consistía en que por entre la doble red del avión corría una corriente de corpúsculos de luz —fotones— que cambiaba, en absoluto, las condiciones físicas del interior, borrando completamente los efectos de la gravedad y de la aceleración. Se había logrado así que los salones, las cabinas y el resto del "Ultrakomet" formasen un mundo aparte de la estratosfera por la que volaba el aparato.
Por otra parte, las gruesas láminas del "termo-neutro", que revestían exteriormente la aeronave, hacían completamente nula la fantástica temperatura que la fricción con el aire desarrollaba la velocidad vertiginosa que se lograba.
Un suave silbido, algo sumamente débil y hasta lejano, fue todo lo que los viajeros sintieron al ponerse en marcha el "Ultrakomet". Luego, el silencio se hizo completo, ya que el sonido, con su ridícula velocidad, era incapaz de marchar a la par de aquella especie de meteoro que la técnica humana habla creado.
Un uniformado y serio camarero habla servido refrescos y pastas a los

sabios. Éstos, con sus cigarrillos entre los labios, disfrutaban del estupendo ambiente que les rodeaba. Ninguno de ellos ignoraba que, a pesar del completo aislamiento del avión, la enorme velocidad, asociada a la altura por la que se movían, causaba una cierta euforia en el organismo humano que ningún invento había logrado evitar.

Parecía como si el Hombre, al emular a los Ángeles, sintiese ya la alegría cósmica de estar muy por encima de las miserias humanas, alejado del Tiempo y del Espacio..., más cerca de Dios que nunca había estado.

Olson, sobreponiéndose al dulce sopor que intentaba apoderarse de él, no cesaba de pensar en Dana y en el pequeño. La esperanza de que le consintiesen, dentro de un cierto tiempo, llevar a su familia a algún punto de Siberia le era profundamente agradable.

Uno de los camareros, al acercarse a él, le sacó del ensimismamiento en el que se encontraba.

— ¿Es usted el señor Olson? —inquirió.

Don asintió con la cabeza.

— Le llaman al "telefonovisor".

Un estremecimiento recorrió la espalda del joven, al tiempo que una angustiosa sensación de alarma se instalaba en su corazón pareciendo detener sus latidos.

Velozmente siguió al camarero hacia el exterior del salón.

Una vez ante la cabina de comunicaciones, después de sentarse en el sillón, el joven pulsó nerviosamente el botón de encendido que habla ante él.

Inmediatamente, el recuadro de la pantalla se iluminó intensamente, apareciendo el rostro alargado del profesor Francis.

— Le llamo, doctor Olson —había en la voz de Alan un tono de cólera que no dejó de llamar la atención al joven físico—, para evitar que conozca usted indirectamente un escandaloso rumor que acaba de llegar a mis oídos. Deseo que explique a sus compañeros de equipo, así como al doctor Scott, lo que pienso exactamente de la comunicación que he recibido directamente desde el Instituto Nuclear de Seul, en Corea.

Olson asentía con la cabeza, no dejando de notar un cierto temblor en los músculos del rostro del profesor. Poseía casi la seguridad de que la noticia que iba a conocer, de un momento a otro, era mucho más grave de lo que el mismo Francis pensaba.

De todas formas, se mantuvo en un respetuoso silencio, esperando que fuese Alan el que reanudase el inexistente diálogo.

— El profesor Them-Lu, de Seul —siguió diciendo Alan—, me acaba de comunicar ciertos rumores que se están extendiendo insistentemente por todos los Centros Nucleares de Asia, y que expresan el ridículo temor de que los Depósitos Atómicos ofrecen un

cierto peligro. —Una sonrisa, que para Olson fue el resultado de un esfuerzo por parte del profesor, apareció en el rostro de éste—. Comprenderá usted, amigo Olson, que los transportes de sustancias radioactivas se están realizando con el máximo de precauciones, y que los rumores de que le estoy hablando, no son más que las muestras de un histerismo que podría ser el afán de publicidad de ciertas Universidades de las que se habla, para ellas, demasiado poco.

Don creyó llegado el momento de intervenir.

— ¿Podría usted decirme, profesor Francis, a qué se refieren concretamente esos alarmantes rumores? —inquirió.

— Nada más fácil, El profesor Them-Lu afirma haber captado la presencia, en la atmósfera de Corea, de ciertos corpúsculos que no ha sido capaz de identificar. Es fácil comprender que no sea esta la primera protesta, disimulada en lenguaje científico, que recibamos de los territorios asiáticos. La existencia de los grandes Depósitos en la zona siberiana no es una cosa para tranquilizar las poblaciones de aquellas regiones. Pero nuestra misión es demasiado seria para que unos estúpidos rumores de algún sabio hambriento de fama puedan intranquilizarnos. Le ruego, por lo tanto, explique claramente a sus compañeros que no toleraré vacilaciones de ninguna clase, y que no deseo oír hablar de peligro alguno, hasta tanto que dicho peligro no exista realmente. Mucha suerte.

La pantalla del "telefonovisor” se apagó, dando la comunicación por acabada.

Con una intensa lucha en el cerebro, donde ideas contrarias entrechocaban entre sí sin permitirle poseer una visión clara de los hechos, Don se dirigió al salón donde sus compañeros seguían charlando y bebiendo animadamente.

Todos los rostros se volvieron hacia él y la sonrisa que consiguió ornase sus labios, no tenía nada de convincente.

En pocas palabras explicó a los otros lo que acababa de comunicarle el profesor. Todos ellos le escucharon atentamente y en sus rostros aparecieron las evidentes muestras de una intranquilidad natural.

Los ojos de Don sorprendieron en las facciones de su ayudante Byles algo más que la intranquilidad que expresaban los otros rostros. El joven físico se percató de que Walter sentia algo mas intenso y que rayaba en un miedo cerval.

Le preocupo aquel descubrimiento en un hombre de ciencia que, aunque joven, debería estar acostumbrado a los peligros de la investigación atómica. Naturalmente que el mismo sentía una desazón interna, ya que no era motivo de broma la misión que les habían encomendado.

Una ligera vibración les hizo comprender que el "Ultrakomet"

empezaba a perder velocidad y que el momento del aterrizaje era inminente. En efecto, algunos segundos después el colosal aparato se posaba blandamente sobre la pista de cemento.
El altavoz que coronaba el salón rompió el silencio que se había hecho entre ellos.
"Los equipos primero y segundo deben descender aquí. Estamos en Pavlovo; el primer equipo se dirigirá a Tojur, utilizando el helicóptero que se ha puesto a su disposición”

* * *

Walter Byles palideció un poco cuando su jefe de equipo, el doctor Olson, se fijó en él.
— Tenga la amabilidad de coger el "contador atomoscópico". Podrá utilizar el autogiro pequeño para hacer este viaje de inspección. Conviene echar una primera ojeada a la zona de los Grandes Depósitos. Si observa alguna cosa, tome nota cuidadosamente para estudiarla después.
Una vez en el aire, Walter de desprendió de la sensación de inestabilidad que se había apoderado de él desde el preciso momento en que había recibido la orden de su jefe. A pesar de todos los esfuerzos que realizaba, no había logrado escapar a la presión angustiosa del miedo que se había instalado en su cerebro con la fuerza de un poderoso cepo.
La noche anterior, que fue la primera que pasó en la residencia que les había sido destinada en la localidad siberiana de Tojur, no habla podido conciliar el sueño. Su imaginación le hacia sentir la fantástica presencia de aquellos colosales Depósitos de Uranio y parecía presentir los vertiginosos movimientos de los átomos a medida que éstos se iban desintegrando lentamente en el curso de su proceso radio—activo.
No era posible, por muy sabio que se fuese, escapar de la tenaza de la angustia que oprimía los pechos amenazando impedir la respiración.
La sola idea de que se produjese alguna reacción anormal en el seno de los formidables montones de uranio, era capaz de hacer estremecer al hombre mas tranquilo. Y Walter Byles no era, en manera alguna, un hombre tranquilo.
A través de la capa transparente que cubría la cabina de su autogiro iba viendo desfilar el paisaje de aquella tierra siberiana, donde unos enormes cráteres rememoraban los terroríficos episodios de la última guerra.
Había sido allí, precisamente en aquellas pardas mesetas del centro de Asia, donde se llevaron a cabo las últimas operaciones de la Tercera Guerra Mundial, después de la inesperada y extraña ofensiva

de la Unión Soviética, cuando las Naciones del Mundo lograron vencer las montañas de hielo que cayeron sobre ellas, la más horrenda batalla atómica de todos los siglos exterminó finalmente a las huestes del postrer Zar rojo[4] .

Parecía como si el físico estuviese sobrevolando un típico paisaje lunar. Abandonadas aquellas tierras, desde la última contienda, quedaban allí las terribles cicatrices que en ellas habían abierto las destructoras armas nucleares.

El espectáculo despertó en el joven la sensación de inestabilidad que precisamente deseaba hacer desaparecer. Pero cuando empezó a divisar los cónicos depósitos de plomo, en cuyas entrañas se encerraban fabulosas cantidades de uranio, un estremecimiento involuntario le recorrió el cuerpo.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo para vencer el temor que en su interior tomaba magnitudes gigantescas, Walter intentó dirigir su atención hacia las agujas del "contador atomoscópico", que empezaban a vibrar de una manera intensa.

Todo aquello, demostraba que por encima y a través de las espesas paredes plúmbeas, los corpúsculos radioactivos salían disparados hacia la atmósfera a velocidades que se acercaban a la de 300.000 kilómetros por segundo.

Los ojos de Byles no se separaban un solo instante de aquellas agujas que se movían como si un extraño temblor se hubiese apoderado de ellas. Uno a uno fue revisando los numerosos círculos que estaban iluminados por una fosforescencia verdosa que partía del interior del aparato.

La mayoría de aquellas vibraciones no indicaban más que la presencia lejana de átomos en descomposición radioactiva y que eran detectados por los sensibles mecanismos del "“contador atomoscópico".

Pero, de repente, cuando la mirada de Walter recayó sobre uno de los círculos graduados, el espanto se apoderó de él de tal forma que sus miembros empezaron a temblar como la aguja en la que tenía clavada su mirada.

Durante unos momentos su razón y su lógica se defendieron del pánico, ofreciéndole una rotunda negación a lo que sus ojos estaban viendo.

¡Era imposible!

Le pareció como si estuviese sufriendo un error de visión, quizá producido por haber olvidado exactamente a qué clase de corpúsculos correspondía aquel círculo en el que la aguja vibraba débil, pero intensamente.

Cerrando los ojos intentó repetir en su memoria todos los detalles que el profesor Olson le habla dicho respecto al '"contador atomoscópico" del profesor Francis.

Los extraños nombres de los corpúsculos atómicos a que correspondía cada círculo fueron apareciendo claramente en su memoria, demostrándole que no sufría equivocación alguna. No obstante, su aterrorizada mente se defendía con inusitada potencia, y cuando volvió la abrir los ojos lo hizo con el ardiente deseo de ver que aquella maldita aguja no se movía mas.
Sin embargo, la realidad se presentó implacablemente ante él. La fina lamina de acero seguía vibrando, más ahora que nunca, y su punta de flecha marcaba, cada vez, una cifra mayor.
Sin saber realmente lo que hacia, obedeciendo a un impulso de su inconsciente que le empujaba a alejarse de allí cuanto antes, hizo girar el helicóptero, al que dotó de su mayor velocidad, viéndose de nuevo sobre los profundos cráteres que estaban bastante alejados de la zona de los Depósitos Nucleares.
¡Ahora estaba seguro de que los temores del profesor coreano eran ciertos!
Porque aquella fatídica aguja que había vibrado con una intensidad que no le correspondía, pertenecía a una clase de corpúsculos cuya presencia significaba el enorme peligro de una posible reacción en cadena.
¡La reacción en cadena!
Aquello seria el final para la Humanidad. Una especie de Apocalipsis moderna, en la que los Cuatro Jinetes estarían representados por las colosales fuerzas del átomo.
La reacción en cadena era la que se había utilizado el siglo anterior durante la Segunda Guerra Mundial para provocar la explosión de las primeras bombas atómicas. Una partícula nuclear se lanzaría contra un átomo, desintegrándole por completo, y los minúsculos trozos de éste, dotados a su vez de una fantástica velocidad, chocarían con otros y otros, hasta que el planeta entero se redujese a un impalpable polvo.
Aquel fatídico círculo indicaba la presencia de los fatales neutrinos, los corpúsculos de la muerte, completamente inmateriales, rugientes torbellinos de energía capaces de desencadenar espantosas tormentas de desintegración acelerada en las masas de Uranio.
Cuando aterrizó. y mientras cerraba la portezuela de su aparato, Walter hizo un esfuerzo para impedir que el temblor de sus manos denunciase el terror que sufría. Por ello, al llegar al despacho del doctor Olson, las hundió en los amplios bolsillos de su "cazadora", procurando adoptar un aire de falsa tranquilidad, que le llevó a convertir en una ridícula mueca la sonrisa que había iniciado.
— ¿Qué hay de nuevo, Byles?
El interpelado pensó, durante unos segundos, explicar claramente sus temores a su jefe; pero la sensación íntima del temor al ridículo hizo que las palabras que tenía ya ordenadas en la mente abortasen en un

balbuceo ininteligible.
— Todo ha ido bien, señor —murmuró en voz baja—. De todas maneras, el espectáculo de los depósitos impresiona un poco.
Pasaron al comedor, guardando un silencio completo mientras consumían los platos que un cocinero nativo hacía lo posible por dar un gusto "americano". Después, cuando tomaban una taza de café, el rumor de los aparatos que se acercaban les hizo dirigir la mirada hacia el gran ventanal que ocupaba casi totalmente uno de los amplios muros de la habitación.
A través de los cristales vieron un rápido helicóptero que llevaba en las alas y en el fuselaje las insignias de Corea.
Momentos mas tarde el mayordomo de la Residencia anunciaba la visita del profesor Them-Lu, de la Universidad de Seúl.
Prefiriendo recibirle solo, ya que se temía el objeto de aquella inesperada visita, Don indicó al criado que le hiciese pasar directamente a su despacho particular. Luego, con una sonrisa, se excusó ante sus compañeros.
— Vuelvo en seguida. No creo que sea nada importante.
Estaba seguro de haber sorprendido en los ojos de Walter una extraña luz que le preocupó mientras atravesaba el salón que colindaba con su despacho. La sensación desagradable que esto le produjo no se apartó de él hasta encontrarse ante la diminuta y arrugada figura del profesor coreano.
— Perdóneme, profesor Them-Lu —dijo mientras estrechaba la huesuda mano del asiático—. Estaba acabando de almorzar.
— No se preocupe —repuso el otro con una sonrisa que aumentó de una manera extraordinaria el número de arrugas de su amarillento rostro.
Them-Lu era un hombre de edad avanzada, con un cuerpo en el que las proporciones parecían subrayar la idea de lo minúsculo. Su altura, su anchura y su espesor; es decir, sus tres dimensiones guardaban una estrecha relación bajo el absoluto mandato de una delgadez exagerada.
La única nota que destacaba de la uniformidad de su rostro era la brillante mirada que hacia que sus pupilas, en los óvalos de sus oblicuos ojos, pareciesen dos diminutas chispas como las que Olson estaba acostumbrado a ver en las experiencias eléctricas de su laboratorio de Nueva York.
La voz de Them-Lu era, como la de todos los orientales, dulce y sonora, dentro de una tonalidad nada desagradable al oído. En su boca, el inglés correcto que hablaba poseía un singular encanto que desposeía a la moderna lengua anglosajona de la aridez de ciertos vocablos.
— No sabe usted lo que lamento el haber venido a molestarle cuando,

como supongo, estará usted ocupadísimo en la ardua tarea que le han encomendado. Hace muy poco intenté explicar al profesor Francis una serle de dudas que se me plantearon en el curso de unas experiencias hechas en mi laboratorio de Seul. Pero, desgraciadamente, la ilustre personalidad científica norteamericana pareció tergiversar mis honestas palabras, prestándoselas un carácter alarmista que no poseían.
Mientras escuchaba a su interlocutor, Olson procedía a un detallado estudio de aquella desconocida y curiosa personalidad. Deseaba, en el menor tiempo posible, llegar a una clara conclusión de lo que, en realidad, deseaba aquel hombre.
— El profesor me ha informado de la conversación que sostuvo con usted —dijo, dando a sus palabras un tono irónico, de forma que el coreano comprendiese la opinión que había formado de aquella información y que coincidía plenamente con la de su superior.
Them-Lu recibió el golpe con toda serenidad. Quizá la única muestra que se manifestó en su rostro fue una mayor intensidad en el brillo de sus pupilas.
— Comprendo perfectamente su manera de pensar —el tono de su voz se había endurecido un tanto—. Es natural que el profesor Francis desprecie las opiniones de sus colegas asiáticos. Veintiún siglos de civilización blanca no han logrado borrar aún el indomable orgullo que ha manifestado siempre su raza hacia el resto de los humanos. En la historia de la ciencia se olvidan muy fácilmente los nombres de los descubridores que se escriben en signos no latinos. Pero su rostro había tomado un raro color ceniciento, al tiempo que su voz se alteraba, a pesar de las autorizadas opiniones del profesor Alan O. Francis, me atrevo a apostar sobre mi propia vida que las observaciones que he realizado, desde el principio del establecimiento de los Grandes Depósitos en la zona siberiana, corresponden a una realidad indiscutible y que demuestra palpablemente la existencia de "neutrinos" en el ambiente.
Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Olson; después, venciendo aquella desagradable sensación que se iba apoderando de el:
— ¡Esta usted loco! ¿Cómo quiere que haya "neutrinos" en la atmósfera? ¿Sabe usted lo que significaría eso?
Una helada sonrisa apareció en el rostro de Them-Lu.
— Naturalmente que se lo que significa. Y por ello he corrido hasta aquí para ponerles en guardia.—Hizo una pausa—: ¿Han realizado ya algún vuelo de inspección? —inquirió.
Pero Don no le escuchaba ya.
A toda velocidad salió del despacho, precipitándose en el comedor, donde sus dos ayudantes seguían conversando tranquilamente.
El terror que había notado, a bordo del "Ultra-komet", en el rostro de

Walter; su mirada hundida; su respuesta balbuciente cuando se había presentado a él. al acabar el reciente viaje de inspección.
Se abalanzó sobre Byles, y, antes que el otro pudiese darse cuenta, las fuertes manos de Olson se cerraban sobre las solapas de su chaqueta, forzándole a erguirse violentamente.
— ¿Qué notaste al volar por encima de los Depósitos?
Gritó la pregunta, con voz colérica y ronca, no apercibiéndose de que el profesor coreano le había seguido hasta el comedor.
Walter temblaba como una hoja sacudida por un fuerte viento. Su rostro se había cubierto de una palidez mortal y sobre su frente, las minúsculas gotas de sudor que perlaban, brillaban intensamente.
— Yo... —balbuceó.
Pero Olson no estaba dispuesto a perder tiempo. La angustia de su propia responsabilidad le quemaba intensamente como un hierro candente. Sus brazos se movieron, sacudiendo violentamente el cuerpo de su ayudante.
— ¡Habla de una vez, cobarde!
Los trémulos labios de Walter se movieron para formular las terribles palabras que Don no hubiese querido oír jamás.
— Había "neutrinos", doctor Olson... "neutrinos"... ¡"neutrinos”!
Abandonado por las manos de Don, el cuerpo de Byles se desplomó pesadamente en el sillón del que había sido bruscamente incorporado.
Olson se había quedado silencioso, enormemente serio, como si un viento de la temida Siberia de otras épocas lo hubiese congelado allí mismo.
Su cerebro era incapaz de ordenar la caótica oleada de ideas que brotaban de su mente. Le era completamente imposible razonar ante el cúmulo de angustiosos problemas que la terrible declaración de Walter le había planteado en una décima de segundo.
Solamente una danzaba ante su imaginación, con la insistencia de una verdadera obsesión:
¡Them-Lu había dicho la verdad!
Era difícil, muy difícil recibir aquel brutal choque en el momento menos esperado. Si la atmósfera de la Tierra estaba poblada de "neutrinos", la explosión de todos los Depósitos mundiales de sustancias atómicas podía producirse de un momento a otro y el Planeta se reduciría a polvo en una ínfima fracción de segundo.
¡Habia que luchar contra la proximidad de aquel fin del mundo!... Pero, ¿cómo? La Humanidad carecía de medios para poder detener el irremediable alud de explosiones que la reducirían a átomos.
De todas formas no podía permanecerse con los brazos cruzados ante la gigantesca catástrofe que se avecinaba.
Olson, con los puños cerrados, gritó con voz ronca:
— ¡Todo el mundo a los helicópteros!

CAPÍTULO III

La agrupación de barcos que habían salido hacía algunas horas del puerto de Boston, parecía una inmensa manada de colosales monstruos marinos que se dirigiese hacia algún lugar para reunirse con sus congéneres.
En realidad se trataba del primer grupo de buques especiales que transportaban su carga atómica hacia las lejanas tierras de Asia, en el lugar en que se habían montado los gigantescos depósitos mundiales.
No había quedado en toda América del Norte más que la cantidad mínima y suficiente para poder hacer marchar la industria que había adoptado, como fuerza viva, los elementos derivados del Uranio.
Por otra parte, del puerto peruano del Callao había salido otro enorme convoy que llevaba rumbo a la península de Kamtschatka. Desde allí las sustancias nucleares que poseía América del Sur serían también llevadas a los depósitos siberianos.
El grupo naval norteamericano marchaba velozmente hacía Islandia para después traspasar el cabo Norte, arribar a la parte septentrional de Asia, exactamente en un puerto de la península de Taimir, desde donde se haría el trayecto final hasta la región de los Depósitos.
Movidos por el nuevo carburante —"penta-carbono"— los navíos surcaban velozmente las aguas. Una tranquilidad completa reinaba en el mar y los hombres que componían las tripulaciones de cada uno de los barcos hacían lo posible por pasar el tiempo de la mejor manera.
No obstante, desde que habían salido de Boston no podían asegurar, en modo alguno, que estuviesen completamente tranquilos. La calidad de la carga que transportaban les hacía pensar continuamente en la posibilidad de un accidente, ya que, conociendo de una manera incompleta la clase de sustancias que se amontonaban en las bodegas, no poseían otra idea que la que asociaba a las sustancias atómicas, por su aspecto de formidable explosivo.
Pero después de unas horas de navegación, los ánimos se serenaron por completo, y los marinos se dedicaron la ocuparse solamente de las tareas de su oficio.
No era así como se pasaba entre el grupo de científicos que acompañaba a la expedición. Casi todos ellos iban en el principal buque, y no dejaban de mirar, con cierta intranquilidad, la pequeña luz palpitante de los contadores Geiger. Venían observando, desde casi el principio de la ruta, una agitación extremada en los aparatos de control.
Naturalmente que aquello podía ser explicado por la cantidad de Uranio que iba en el buque y en los otros que navegaban junto a él.

Pero, de todas formas, los “latidos” de la lámpara Geiger tenían una asiduidad demasiado grande para ser normales.
Fred Lowell era el jefe y encargado del pequeño grupo de especialistas físicos que acompañaba al uranio en aquel viaje Era un hombre delgado, nervioso, pero acostumbrado la realizar su tarea de una forma consciente de la responsabilidad que su cargo hacía caer sobre él.
El resto del equipo estaba formado por un grupo de jóvenes alumnos del Instituto Nuclear de Nueva York que habían partido esperanzados por una aventura que, para ellos, poseía cualidades extraordinarias.
Repletos de ese alborozo juvenil que suele confundirse plenamente con una cadencia de la realidad en cuanto al deber y al peligro que lo acompañan, los jóvenes estudiantes no llegaban a comprender la preocupación del doctor Lowel y la inquietud que se retrataba en el rostro de éste.
Estaban reunidos en una sala del barco principal, situada exactamente encima de la terrible carga. Fred había elegido aquel lugar para poder percibir, con toda nitidez, las "impresiones" que captase el aparato contador de las partículas radioactivas.
Lowell, percatándose de las sonrisas burlonas de sus jóvenes compañeros, dejó el Geiger al cuidado de uno de ellos, subiendo solo a cubierta para intentar alejar de su espíritu las preocupaciones que en él se anidaban.
Alrededor de los buques, que, intensamente iluminados, semejaban un fantástico archipiélago que flotase sobre las aguas, la noche ofrecía una tranquilidad tan absoluta, que el doctor Lowel sonrió percatándose de lo mal que le parecían sus ideas pesimistas en medio de aquella inmensa calma.
Observó, con un cierto orgullo, las luces de los navíos, diciéndose internamente que todos sus temores procedían del peso de la responsabilidad que había caído sobre sus espaldas. Sin embargo no podía dejar de pensar en la anormal vibración del contador Geiger, que no lograba explicarse de una forma satisfactoria.
Nerviosamente acabó de fumar el cigarrillo que había encendido y tras lanzar la ígnea punta al agua, descendió la escalerilla metálica que conducía a la sala donde había dejado a sus ayudantes.
Las sonoras risas de éstos le enfurecieron un tanto, pero la seriedad y el silencio que se hicieron al penetrar él, calmaron un tanto sus excitados nervios.
Directamente se dirigió al lugar en el que sobre una pequeña mesa reposaba el aparato. Tompson, el joven al que había confiado la vigilancia del Geiger,
— Sigue igual, señor —informó.
No eran necesarias aquellas palabras, porque la aguda mirada del

físico se fijaba atentamente en la bombillita que guiñaba su amarillenta luz con una creciente intensidad.
Fred frunció el entrecejo y alzando la voz:
— Coja el aparato, Tompson —ordenó; luego, dirigiéndose a los demás: —Síganme todos.
Bajaron al interior de las bodegas pasando por entre los estrechos pasillos que delimitaban los enormes barriles de plomo, en cuyo interior iban las sustancias radioactivas El silencio se hizo tan absoluto que no se oía ni la respiración fatigosa del alumno que llevaba el pesado aparato.
Una vez llegaron a la mitad de la bodega, el doctor Lowel ordenó que se detuviesen y posando el “contador" en el suelo, contempló que el parpadeo de la diminuta luz amarillenta era tan constante que parecía que estuviese permanentemente encendida.
Durante unos minutos, en los que el silencio pareció materializarse en algo que hubiese alejado para siempre el mínimo sonido, de forma que la luz del aparato parecía ser la única manera de expresión, el doctor Lowel se torturó el cerebro para poder hallar una explicación al extraño fenómeno que tenía ante sí.
Finalmente la necesidad de romper aquel espantoso silencio, impelió brutalmente a Fred.
— Ya están ustedes viendo algo que debe preocuparnos enormemente. Llevo mas de quince años trabajando en investigaciones atómicas y no he visto jamás una cosa igual. Las impresiones que recibe generalmente un aparato Geiger no suelen poseer nunca una intensidad tan grande. Al principio pensé tontamente que este fenómeno podía producirse por la gran cantidad de sustancias nucleares que llevamos; pero nada puede ser menos cierto.
Los alumnos, que empezaban a percatarse de que algo raro ocurría tras aquellas siniestras paredes de plomo, escuchaban a su jefe en medio de un silencio casi religioso.
— No quisiera inducirles a un pánico que en realidad no este motivado, pero me atrevería a afirmar de una manera casi rotunda que un peligro invisible se esta cerniendo sobre nosotros Voy a intentar comunicarme inmediatamente con el profesor Francis para solicitar de él la ayuda necesaria.
Uno de los alumnos, que se había puesto mortalmente pálido, se adelantó hacia el doctor Lowel.
— ¿Podría decirme usted que número de parpadeos da el contador Geiger cuando va a producirse una explosión atómica?
Fred miró a aquellos jóvenes y azules ojos en los que se pintaba una desgarradora angustia; las pupilas brillaban intensamente demostrando que el pánico se había apoderado de aquel muchacho.

La voz del doctor Lowel se hizo tranquilizadora cuando contestó a la pregunta que le acababan de formular.
— No puede decirse —dijo— que exista un número preciso de vibraciones en la lampara de Geiger. Pero lo que se puede afirmar, es que cuando pasa de las ciento cincuenta por minuto la explosión atómica es inminente. Todavía no ha podido explicarse la singularidad de esta coincidencia, pero para nosotros es un hecho indudable.
Sin previo aviso, aquel aterrorizado muchacho se había arrodillado junto al aparato, después de apretar el botón que ponía en marcha el segundero de su cronógrafo. Sus ojos Seguían, como hipnotizados, el parpadeo de la amarillenta luz; entre tanto, sus labios se movían a medida que contaba.
— Noventa y ocho... Noventa y nueve...
Era como si de los labios de aquel muchacho brotase el latido de los corazones de los hombres que le contemplaban, A medida que las cifras brotaban de su boca, las gotas de sudor que perlaban su frente se hacían mas numerosas y espesas.
— Ciento cuarenta y uno... Ciento cuarenta y dos...

* * *

Como un solo hombre, los ayudantes del doctor Olson y el profesor coreano corrieron hacia los helicópteros que estaban en las cercanías de la Residencia. Minutos más tarde, los dos aparatos se dirigían velozmente hacia el Sur.
Them-Lu había tomado asiento en la cabina junto a Don. En el rostro del asiático no se veía nada que demostrase la zozobra interior. Era como una máscara de cera en la que unos poderosos dedos hubiesen moldeado las complejas y numerosas arrugas que cruzaban el rostro en todas direcciones.
Pasaron, sin prestar atención alguna, sobre la región de los cráteres que tanto había impresionado a Walter. Los ojos e los hombres que pilotaban los autogiros estaban fijos en la línea anaranjada del horizonte donde el sol parecía pintar las luces de un fantástico e irreal incendio.
Una vez empezaron a volar sobre los Grandes Depósitos, Olson no separó la mirada del círculo verdoso que reflejaba la cantidad de "neutrinos” que atravesaban el aire.
Los movimientos de la aguja volvieron a manifestarse fuertemente, dejando fuera de duda cualquier error que existiese en la mente de los físicos. El peligro era tan cierto como había pensado Them-Lu, por encima de las ásperas e incrédulas manifestaciones del profesor Francis.
Olson se percató de la terrible amenaza que constituía la existencia de

aquellos malditos corpúsculos que corrían sobre la Tierra. Ellos podían ser los causantes de que toda la materia atómica que el hombre había acumulado en los últimos años, estallase inopinadamente deshaciendo al planeta en una mínima cantidad de tiempo.
El rostro del joven físico expresaba claramente el caótico estado de sus pensamientos. No se atrevía, por el momento, a solicitar la opinión de su acompañante, que se mantenía, como el, en un completo silencio con los oblicuos ojos fijos en la aguja del "contador atomoscópico". Finalmente Olson se decidió a hablar, haciéndolo en voz baja y como si se dirigiese a sí mismo:
— Hay que buscar una solución a todo esto.
Them-Lu separó sus ojos del aparato clavándolos en los de su acompañante.
— Es muy posible —repuso con una voz en la que no había el menor indicio de temor— que no exista una solución para esto. No quiero que usted piense que mis palabras están imbuidas del fatalismo que la raza blanca ha colocado sobre nosotros como un ridículo sanbenito, Pero la locura de la Humanidad ha ido demasiado lejos y es justo que llegue el momento de saldar cuentas. Comprendo, tan bien como usted, que la presencia de "neutrinos" sobre el suelo terrestre significa, sencillamente, el Fin del Mundo.
Guardó silencio durante unos instantes, mientras el aparato seguía haciendo mover aquella fatídica aguja como si las palabras del asiático necesitasen su terrible asentimiento.
Fue en aquel momento, en aquel preciso instante, cuando Them-Lu iba a empezar de nuevo a hablar, cuando el aparato televisor del helicóptero sonó de una manera que expresaba que alguien, desde cualquier punto de la Tierra, estaba emitiendo un mensaje importante.
La mano derecha de Olson se adelantó para cursar el botón que iluminaría la pantalla del aparato de televisión, Inmediatamente, una desconocida y alargada imagen, el rostro de un hombre, apareció en la pulida superficie luminosa.
"— ¡Habla la Red Internacional Televisora...! ¡Habla la Red Internacional Televisora que se dirige a todo el mundo! Los miembros directivos de los Estados Unidos de América del Norte, los representantes de la Federación Europea de Naciones, el Comité de la Federación Asiática y los Miembros de las Repúblicas Sudamericanas, ruegan a sus correspondientes ciudades que se mantengan en una tranquilidad y espíritu cívico, evitando toda clase de pánico que no serían más que motivo de perjuicio general."
La imagen se borró de la pantalla sobre la que quedó una nebulosidad fosforescente.
Tanto Olson como su compañero se quedaron mirando a la pantalla del receptor de televisión con ansia de saber mas; de conocer el

motivo de aquella llamada de alarma general. Las palabras del "speaker” sonaban aún en sus oídos como el producto de una absurda pesadilla de la que esperaban salir de un momento a otro. Pero al aparecer en la pantalla el rostro de Walter, todas las esperanzas de lo que acababan de oír fuese un simple sueño, se desvanecieron por completo.

— ¿Ha oído, doctor Olson?

No era necesario oír la temblorosa voz del ayudante; el rostro que aparecía en la pantalla expresaba claramente la calidad de terror que sobrecogía a aquel hombre.

Olson sintió una rara cólera que se adueñaba de él.

— ¡Cierre el aparato, estúpido! ¿No ve que interfiere cualquier posible continuación que estén emitiendo en América?

Velozmente, la titubeante imagen desapareció como por encanto.

Siguieron sobrevolando la región de los Grandes Depósitos, aunque ya la importancia de lo que pasaba bajo ellos había disminuido desde la emisión que habían captado. Todos ellos sentían que algo extraordinariamente espantoso ocurría, en aquellos instantes, en alguna parte del mundo. Algo que amenazaba poner en peligro la Humanidad entera.

Tardó bastante tiempo en llegar a ellos noticias del otro lado del mar. La pantalla volvió a iluminarse y el rostro del mismo "speaker" que había hablado la vez primera, volvió a aparecer ante ellos.

"— Aquí la Red Internacional Televisora. Vamos a darles las últimas noticias de una explosión atómica de carácter verdaderamente gigantesco que se ha producido en el Atlántico Norte. Hasta ahora no poseemos una información concreta del origen de esta explosión, pero todo parece explicarse por un catastrófico accidente acontecido a un grupo de barcos estadounidenses que se dirigía hacia el Ártico. Hemos enviado aviones especiales para poder proporcionar una información visual de lo ocurrido. Dentro de unos momento ampliaremos y daremos a conocer algunos detalles más.”

Olson sintió una angustia que le oprimía terriblemente el pecho hasta hacer dificultosa la respiración.

— ¡Es horrible! —exclamó en voz baja.

Them-Lu no le escuchaba. La mirada del coreano estaba clavada en los círculos verdosos del "contador atomoscópico". La aguja plateada del círculo de los "neutrinos" había alcanzado una cifra doble de la que pudieron notar al principio.

El asiático, aún dentro de su proverbial tranquilidad, sentía un desasosiego creciente en su cuerpo. Como si la naturaleza le hubiese dotado de una mirada que tuviese la fuerza penetrante de los Rayos X, su imaginación estaba observando, dentro de las enormes cápsulas de plomo, por encima de las que volaban en aquellos instantes, la marcha

de las minúsculas reacciones que se estaban produciendo en el seno de las sustancias radioactivas.
Moviéndose a una fantástica velocidad, alrededor de la masa material del átomo[5] , los electrones, como diminutos planetas, estaban recibiendo el reiterado bombardeo de los "'neutrinos", que intentaban deshacer la unidad atómica, provocando una terrible reacción en cadena.
Había, bajo el vientre metálico del helicóptero, una cantidad del energía suficiente para dividir la esfera pétrea de la Tierra en millones y millones de minúsculos pedazos que se lanzarían en interminable carrera por los espacios interplanetarios. Aquello significaba el final de una lucha que el hombre había mantenido desde millones de años antes; todos los avances de la técnica, todas las grandiosas obras de Arte logradas; en fin, todos los sufrimientos, las pasiones, y los dolores que habían estremecido a la vieja Humanidad, iban a ser convertidos en un impalpable polvo que no tendría, en la enorme dimensión del Cosmos, ni la fuerza de un simple recuerdo.
Como si los pensamientos de Them-Lu fueran escuchados por las tenebrosas fuerzas de la Naturaleza que se estaban rebelando en aquellos instantes, las agujas de todos los circuitos del "contador atomoscópico" se movieron al unísono vibrando intensamente como si deseasen marcar la Última Hora en la historia del mundo.
Los ojos de Olson estaban también fijos en los círculos verdosos del aparato.
A pesar del inminente peligro que rugía ante ellos, los dos hombres eran incapaces de reaccionar huyendo de aquel lugar. Them-Lu se percató perfectamente que el helicóptero que pilotaba Walter había virado hacia tiempo hacia el Norte. Comprendía perfectamente los sentimientos de defensa instintiva que habían hecho que los dos ayudantes de Olson emprendiesen la huida. Por ello, al tiempo que miraba de reojo al joven físico, su admiración crecía hacia el y se daba cuenta de que, en aquellos momentos, volaba junto a un hombre de ciencia a quien la proximidad de los terribles átomos había vaciado el corazón de todo lo que significaba miedo.
Los dos hombres, como requeridos por un mismo sentimiento, se miraron intensamente. Mucho antes de empezara hablar, conversaron en el silencioso lenguaje de los ojos, diciéndose muchas mas cosas de las que podían expresar las palabras que siguieron. Pero era necesario oírse, el uno al otro, para romper la terrible soledad que les rodeaba y que parecía anunciar el fin de todas las cosas.
— Como podrá usted ver, doctor Them-Lu —empezó a decir Don—, las reacciones están aumentando por momentos. De seguir así, la primera escisión de algún átomo no tardará en producirse.
Se estaba expresando como si todo aquello no fuese más que un

lejano espectáculo que estuviesen contemplando con un potente telescopio electrónico, en alguna estrella separada de ellos por unos cuantos millares de años-luz.
— Sólo lamento —repuso el asiático con voz lenta— que el profesor Francis no haya tomado en consideración mis palabras. Estoy seguro de que él habría encontrado algún remedio contra esta catástrofe.
Una especie de ráfaga luminosa, como el haz de un reflector de inusitada potencia lumínica, les obligó a cerrar los ojos para no quedarse ciegos. Al mismo tiempo, el helicóptero, barrido por una potente corriente de aire, se vio lanzado hacia arriba a una velocidad increíble. Gimieron los planos metálicos del autogiro, amenazando rasgarse como si fueran de débil papel.
Un rugido espantoso pareció brotar de las entrañas de la tierra...
Era el principio del fin...
¡LA REBELIÓN DE LOS ATOMOS!

CAPÍTULO IV

— Ciento cuarenta y ocho... Ciento cuarenta y nueve...
Una llamarada cárdena, cegadora, como un relámpago que atravesase el mar de lado a lado surgió del lugar donde, una milésima de segundo antes, iban los barcos americanos.
En aquella mínima fracción de segundo, los navíos, sus materiales y los hombres que los ocupaban, pasaron a ser una nube de polvo.
¡La carga de todos los buques había hecho explosión!
Nunca, ni aún en las terribles batallas atómicas con que terminó la Tercera Guerra, Mundial, se había producido una explosión tan fabulosa como la que acababa de ocurrir en el Norte del Atlántico, cuando las naves estadounidenses estaban no muy lejos de las costas de Islandia.
El rugido de la explosión se oyó la miles de kilómetros de aquel lugar.
Entre tanto, cien hongos, característicos de las explosiones nucleares, se unieron para formar el más gigantesco de todos los que se habían levantado sobre la superficie de la Tierra. La columna de humo atravesó velozmente las capas de la estratosfera y al estrellarse contra el éter, se abrió, como un formidable círculo, recorriendo los espacios estratosféricos que regó de nubes radioactivas.
Pero no fue eso todo...
La fuerza gigantesca de la explosión se hundió en la profundidad del mar hasta rebotar en los fondos abismales. Desde allí, volvió a subir impetuosamente, arrancando del mar una gigantesca cantidad de agua que elevó hasta una fantástica altura.
Luego, cuando aquellos millones de millones de toneladas volvieron a

caer sobre el mar, el estruendo alcanzó límites insospechados. Fue como si un satélite se hubiese desplomado sobre las aguas.
Inmediatamente, por reacción física y natural, una ola gigantesca, cuyas encrespadas y revueltas cimas alcanzaban una altura de mas de medio kilómetro, inició una rapidísima marcha en doble sentido; por una parte alcanzó lo poco que quedaba de Islandia, que se había desintegrado casi por completo, y tras chocar violentamente contra la base de la isla, desmoronando sus cimientos geológicos, volvió en dirección contraria, siguiendo de cerca a la que se dirigía hacia las costas orientales de América del Norte.
La masa liquida parecía una verdadera montaña qué se deslizase sobre la superficie de las aguas con un rugido aterrorizador.
Desde lejos, desde muy lejos; desde las maravillosas ciudades costeras de los Estados Unidos, se oía el trueno que anunciaba la marcha de aquel Everest líquido que llevaba la muerte y la destrucción entre sus rugientes espumas.
Los pocos aviones de observación que pudieron vislumbrar, desde lejos, la fatídica aparición que poseía un tremendo aspecto apocalíptico, sintieron que un horror incontrolable se apoderaba de ellos, y muchos, atraídos fatalmente por aquella espeluznante vorágine, fueron incapaces de controlar los mandos de sus aparatos y se precipitaron contra la montaña líquida.
Los que pudieron regresar a los aeródromos, ofrecieron a los hombres que los recibieron un aspecto verdaderamente dantesco. Con los ojos desorbitados, temblorosos los miembros, algunos habían encanecido por completo en breves segundos y parecían ancianos.
La alarma corrió por todas partes y el terrible fantasma del pánico hizo su aparición en las grandes ciudades. Impelidos por las fuerzas del instinto de conservación, la mayoría de los seres humanos dejaron de serlo y las fuerzas de Policía fueron incapaces de detener el torbellino de los hombres y mujeres que luchaban como fieras salvajes por huir de la amenaza que se cernía sobre ellos.
Nadie pensó, un solo instante, en los bienes acumulados por muchos años de trabajo, y el terror histérico llegó a tal punto que se dieron casos en que algunos hombres o mujeres olvidaron a sus propias familias en su egoísmo de salvar la vida.
Por encima de las ciudades los autogiros, de todas clases, huían locamente, desesperadamente, chocando los unos contra los otros, como si la ley de la selva, la ley del más fuerte, hubiese tomado de nuevo carta de naturaleza entre los hombres.
Entre tanto, el rugido de la montaña de agua que se acercaba al continente americano se percibía ya distintamente desde puntos situados en el centro de los Estados Unidos.
Todas las emisoras de televisión lanzaban angustiosos gritos

solicitando cordura a las alocadas gentes que se mataban huyendo. Pero la locura reinaba por doquier y nada se podía hacer cuando la muerte extendía sus gélidos brazos sobre la tierra.

* * *

Con el rostro pegado a la pantalla de televisión, instalada en su despacho de redactor jefe del "'Australia—Morning", Henry Foldester seguía las emocionantes noticias que estaban llegando desde América.

A medida que las palabras iban brotando de los labios de la imagen del "speaker", el aparato receptor especial las iba convirtiendo en letra impresa.

Leo Holmer, el ayudante de Foldester, leía rápidamente las páginas impresas que salían del aparato transcriptor, e inmediatamente, después de agregar o eliminar algunas, las leía ante un pequeño micrófono que se encargaría de transmitir directamente a las máquinas que en los sótanos del edificio iban acoplando aquellas noticias en las hojas del periódico.

Henry fumaba cigarrillo tras cigarrillo, nerviosamente, percatándose, por encima de su espíritu de periodista, del horrible peligro que estaba amenazando a los Estados Unidos. Su cerebro, habituado a concebir velozmente en cualquier clase de situaciones, trabajaba con una desmedida intensidad, intentando comprender el problema pavoroso que significaba las palabras que el locutor norteamericano iba diciendo.

Era casi imposible concebir una mínima esperanza de que algo detuviese el alud líquido que avanzaba velozmente hacia las tierras americanas como un signo de destrucción y de muerte.

Sin darse cuenta de lo que hacia, mientras su mente andaba enfrascada en una serie de caóticas ideas, empezó a dibujar sobre una hoja de papel que tenía encima del despacho, la costa oriental de los Estados Unidos; luego, con rápidas líneas, trazó la amplia forma de Groenlandia y un poco mas abajo la isla de Islandia. Después, en medio del mar, la punta afilada de su lápiz formó el dibujo de una colosal montaña de agua, en forma de ola inmensa que levantaba su espumosa cresta muy por encima de la superficie del mar.

Nerviosamente fue indicando con imágenes sucesivas el avance de aquella montaña de agua hacia la costa de los Estados Unidos. Finalmente, dibujo un enorme muro delante de la ola gigantesca.

Llevándose, como era su costumbre, la punta del lápiz a los labios, contempló la serie de dibujos que acababa de realizar y pocos instantes mas tarde emborronó cuanto había hecho con un nervioso trazo de lápiz.

¿Que muro sería capaz de detener aquella fantástica catarata?
Seguía pensando que todo cuanto se hiciese para parar la amenaza que se iba cerniendo sobre América seria completamente inútil. Sin embargo, dejándose llevar por su imaginación, volvió a dibujare la enorme ola y, buscando su imaginario centro, la hizo estallar, reduciéndola a una masa de agua que cayó después como una densa lluvia sobre el Océano.
Fue entonces cuando, sobrecogido por la idea que acababa de ocurrírsele, se levantó de su asiento y acercándose a Leo, le golpeó amistosamente en la espalda.
Leo Holmer recibió el amistoso golpe de su jefe, sin que su maciza personalidad se conmoviese. Sus ciento doce kilos de peso no se estremecieron lo más mínimo, a pesar de que la palmada que le había dirigido Henry, no fue exactamente una caricia.
La cabeza de Leo tenía una semejanza extraordinaria con un rectángulo perfecto, cuyas bases, al transformarse en paralelogramo, fuesen sus rubios cabellos y su enorme cuello de toro. Sus ojos azules, de mirada infantil. se clavaron en la alegre figura de su jefe.
— ¿No se te habrá ocurrido alguna idea de esas que nos hacen dar la vuelta al mundo, como hace una semana?
— ¡No seas melón! Lo que tengo ahora en la cabeza es algo tan importante, que antes de comunicarlo al alcornoque de mi ayudante voy a decírselo inmediatamente al propio director; estoy seguro de que tendremos que llamar a un médico para sacarle del soponcio que le va a dar.
Leo sonrió mostrando una doble hilera de dientes bien cuidados.
— Yo, por si acaso, voy a ir llamando a otros periódicos, solicitando sitio para dos; para un pobre ayudante que tiene la debilidad de escuchar las locuras de su jefe y para ese mismo jefe.
Henry dirigió un directo a la mandíbula de Leo, que éste evitó de verdadero milagro, Luego, apresurándose, salió de la estancia dirigiéndose al despacho del director del "Australia—Morning".
Cuando el joven redactor jefe logró que el director acabase una conferencia en su telefonovisor, habían pasado ya diez minutos de impaciencia difícil de resistir.
Andrew Sharton, el director del diario, apagó sobre su cenicero metálico el cigarro puro que era, sin duda, el que hacia el número catorce en aquella mañana. Después, miró fijamente a su colaborador.
Éste, con la misma dificultad que solía tropezar siempre para hablar con Sharton, empezó a titubear.
— Pues verá..., se trata de una idea...
Andrew, dio un respingo en su sillón.
— ¿Una idea? —había un tono de franco reproche en su voz—. ¿Recuerda usted, Foldester, lo que nos costó su última idea?

Henry sintió una vaga sensación de malestar al tiempo que un involuntario escalofrío le recorría la espalda.
Recordaba perfectamente a lo que se refería Sharton. Fue, desgraciadamente, el producto de una falsa información sobre un presunto movimiento político de gran importancia en Noruega. El resultado fue, naturalmente, completamente negativo.
No obstante, Foldester hizo de tripas corazón.
— No es muy leal por su parte, mister Sharton, sacar a colación una desdichada historia que ocurre muy a menudo en la Prensa. Ahora —agregó con una voz repleta de entusiasmo— se trata de un asunto de la mayor importancia y que puede hacer del "Australia—Morning" el periódico más famoso de todos los tiempos. Le ruego que me escuche unos instantes. Ya sé que su tiempo es oro y, por eso mismo, procuraré ser lo más breve posible.
Sharton alargó la mano diestra para indicar que también tenía él alguna palabra que decir.
— Antes de que empiece —dijo con voz rápida—, necesito saber de que asunto me va a hablar. Puede sentarse.
Foldester se arrellanó en un cómodo sillón y al notar que la temperatura de aquel mueble era demasiada elevada, maniobró en el cuadrante térmico que había sobre uno de los brazos, girando el disco hasta conseguir menos calor.
— El asunto de que quiero hablarle, es, sencillamente, el de la catástrofe que se esta aproximando a los Estados Unidos.
Los ojos del director parpadearon sensiblemente.
— Si lo que va usted a decirme es que se propone detener esa montaña liquida, le aseguro que mis nervios no lo resistirán y que tendré que expulsarle del despacho a puntapiés.
Una divertida sonrisa apareció en los labios del joven redactor.
— No sabe cuanto lo siento, mister Sharton. Porque, si piensa así, ya puede ir preparándose a golpearme.
El director no pudo contenerse y propinó un fuerte puñetazo en la mesa.
— ¡No sea chiquillo, Foldester! Nunca he dudado que usted era uno de los mejores periodistas del mundo, pero no me haga pensar en que tendré que solicitar la rápida ayuda de un psiquiatra.
— ¡Puede usted decirme que estoy loco de remate! —exclamó Henry que se había incorporado de su asiento—. No busco aquí la publicidad ni la fama. Todo eso se lo dejo para usted y para sus ayudantes; sólo le pido un favor para intentar librar a toda esa pobre gente que perecerá dentro de poco.
Sharton movió la cabeza de un lado para otro dubitativamente.
— Me hace daño oírle hablar así —dijo con un tono de tristeza en la voz—. Y no me atrevo a preguntarle el procedimiento que emplearía

para llevar a cabo esta otra locura suya. A la mayoría de las personas se les ha metido en la cabeza que porque estamos en el siglo veintiuno se pueden realizar todas las fantasías. Recuerdo, y no puedo evitar una sonrisa cada vez que pienso en ello, de las lecturas que hacía mi padre en su juventud y que mi abuelo consumía en enorme cantidad. Le estoy hablando de mediados del siglo veinte y de los libros que entonces llamaban de "anticipación". Es cómico pensar cómo los escritores de aquella época imaginaban la vida en el año 2000. Creo sinceramente que si estuviesen aquí ahora, entre nosotros, se sentirían enormemente defraudados. —Hizo una pausa mientras sonreía ligeramente—. Se ha conseguido bastante, es verdad, pero aquellos fantásticos sueños de nuestros abuelos, en los que nos veían dueños del espacio, viajando por entre las estrellas; pasando el fin de semana en Marte y veraneando en Saturno, me parecen unas solemnes chiquilladas de los que quisieron emular a aquel clásico escritor, lleno de fantasía y buena voluntad, que se llamó Julio Verne.

— Comprendo perfectamente todo eso —cortó Henry, que lanzaba continuas miradas a su cronógrafo—. Pero, lo que yo deseo hacer ahora es perfectamente realizable..., naturalmente si usted me ayuda.

Sharton le miraba fijamente. En su interior pensaba en la enorme tragedia que se estaba cerniendo sobre el lejano país americano. Se confesó a sí mismo que nada perdería por escuchar las ideas de su colaborador.

— Dígame lo que piensa —ordenó con voz seria.

Henry, que se había apoyado sobre el despacho del director, sintió una oleada de calor que le subía al rostro. Aquellos instantes eran de una enorme importancia para él.

— Usted sabe, mister Sharton —empezó a decir con un tono de viva emoción en la voz—, que la formidable montaña de agua que ha producido la explosión de todos esos barcos cargados de uranio, avanza velozmente hacia los Estados Unidos. Según las últimas informaciones que poseemos, no tardará mas de cinco horas en que esa avalancha liquida se desplome sobre los indefensos estadounidenses. Todo lo que se ha hecho para evacuar la población civil de esa enorme urbe no ha podido dar los resultados apetecidos porque el pánico ha ganado a las gentes y éstas no obedecen orden alguna.

Andrew hizo un gesto de impaciencia con la mano.

— Todo eso ya lo se —dijo tristemente—. Pero lo que no comprendo es cómo puede arreglarse.

— Ahí viene mi idea —exclamó Foldester con verdadero entusiasmo —. Pensando en ello concebí primero locamente un muro que contuviese la enorme montaña líquida que avanza inexorablemente

hacia allí. Pero pronto llegué a la conclusión de que, además de que no habría tiempo para construirlo, jamás lograríamos llevar a cabo una obra tan gigantesca que resistiese el ímpetu enorme del agua. Fue entonces cuando surgió en mi mente la idea de que la única manera de detener ese peligro era desmenuzándolo, partiéndolo en diminutos trozos, con 1o que perdería su tremenda fuerza.
Sharton se había puesto en pie y sus ojos brillaban de cólera.
— ¡Esta usted loco de remate, Foldester! Esas ideas son completamente absurdas —señaló unos papeles recientemente impresos que tenía a un lado—. ¡Desmenuzarlo! ¿Es que no conoce usted las dimensiones de esa especie de montaña líquida que avanza hacia América? Los telémetros de "radar" de toda Europa han logrado, hace sólo una hora, medir a ese monstruo de agua. ¡Aquí tiene las cifras! —se apoderó bruscamente de los papeles para poder leer los detalles que necesitaba—. ¡Imagínese! ¡Más de medio kilómetro de altura por cerca de quince de espesor! Algo fantástico y usted habla de desmenuzarlo como si se tratase de una montañita de arena de esas que los niños hacen jugando en las playas. No hay fuerza...
Henry, sin darse mucha cuenta de lo que hacia, dio un formidable puñetazo en la mesa.
— ¡Sí que la hay! ¡Hay una fuerza capaz de destrozar esa montaña de agua y veinte montañas iguales!
Sharton intento hablar, pero Foldester se lo impidió con un decidido gesto.
— ¡Déjeme seguir! ¿Usted no ha pensado en lo que podemos hacer? ¡Yo sí! He imaginado algo que puede destrozar esa amenaza y reducirla a un simple temporal de lluvia que siempre será de mucho menor efecto que esa catastrófica ola. Solo deseo que usted, con su influencia, obtenga el permiso que me permita poseer esa fuerza y le demostrare que mi idea, por muy loca que la considere el mundo, puede resolver ese problema. Pero no olvide que los minutos pasan, que el tiempo corre inexorablemente, que se trata de una carrera contra reloj y que debemos actuar rápidamente.
Sharton se había respaldado en su sillón y suspiraba agitadamente. Luego, en voz baja, pregunto emocionado:
— ¿De qué se trata?
— Necesito un par de bombas de hidrógeno. ¿Me comprende usted ahora? Las lanzaré en medio de esa montaña líquida y la haré saltar en mil pedazos, deshaciéndola por completo.
— ¿Ha pensado en que eso puede costarle la vida?
Henry guardó silencio unos instantes. Una sonrisa de triunfo ornó sus labios. Se había dado perfecta cuenta de que acababa de ganar la partida.
— Ese asunto me incumbe a mí ya a Leo, mi ayudante, que estoy

seguro me acompañara. Después de todo, ¿qué significa la vida de dos hombres frente a los millones de semejantes que podemos salvar? Usted —agregó con tono agrio— tendrá la ocasión de vender unos cuantos millones mas de ejemplares. Si Holmer y yo no volvemos, nada importante se habrá perdido.
La mirada del director se había enternecido y sonrió antes que contestar a las duras palabras de su colaborador.
— ¡No seas loco, Foldester! —exclamó tuteándole, cosa que hacía cuando sentía intensamente la amistad por su redactor jefe—. Voy a llamar inmediatamente al general Taulmmer para que prepare un avión militar del que te harás cargo dentro de unos minutos. Di a Holmer que se prepare, puesto que ya podéis dirigiros directamente al aeropuerto militar de Sidney. ¡Mucha suerte, muchachos!
Media hora después, un velocísimo "Meteor", el último modelo de avión para ensayo militar, dotado de sesenta turbinas y capaz de multiplicar por cuatro la velocidad del sonido, surcaba el espacio, sobre las tierras de Asia, rumbo al Atlántico Norte.
En el vientre del monstruoso aparato, tres bombas de hidrógeno, con su nueva forma esférica y su brillante color plateado, iban suspendidas en los cinturones especiales de plástico, por cuyo interior corrían los finos hilos eléctricos que, en un momento determinado, transformarían los cinturones en cenizas, dejando libres las terribles máquinas infernales.
Henry y Leo, con los ojos fijos en los aparatos de mando, guardaban un silencio sepulcral. La noche les iba envolviendo en un extraño mundo de tinieblas.
— Ocúpate del "radar" —ordenó Foldester. .
Holmes separó las manos de los mandos, apoderándose de la culata negra sobre la que había una diminuta pantalla que permanecía en completa oscuridad.
— ¿Puedo empezar a disparar? —inquirió.
— Creo que sí —repuso el otro—— Debemos estar ya sobre el Atlántico.
Leo apretó el gatillo disparador y las ondas invisibles del "radar”, en forma de potente chorro salieron del cañón del aparato a trescientos mil kilómetros por segundo. Sobre la pantalla empezaron a dibujarse un cúmulo de manchas claras.
— Esto es el mar— informó Holmer.
Siguió disparando, en silencio, sin dejar de mirar un sólo instante la pantalla. De repente, las manchas blancuzcas se concentraron en el centro del negro círculo concretándose en una brillante masa que parpadeaba insistentemente.
— ¡Ahí la tenemos!
Henry miró, a su vez, la pantalla y un silbido de admiración brotó de

sus labios.
— Voy a adelantarla y frenare la marcha del "Meteor". Tú apunta con el "radar" hacia abajo y me dices la distancia que nos separa de la cúspide de esa montaña de agua. Lanzaremos las bombas a dos mil metros de la cima.
El avión se movió ágilmente y sometido al freno, que se realizaba debido a su enorme velocidad por medio de unas contraturbinas que lograban casi inmovilizarle en el aire, se situó en el punto preciso.
El "radar" marcaba también la distancia deseada.
Foldester cerró los ojos y sus labios se movieron en una muda oración. Después, abriéndolos y clavando su mirada en los tranquilos y azules ojos de su compañero:
— ¡Lanza las bombas! —ordenó con voz sorda.

CAPÍTULO V

Haciendo un esfuerzo sobrehumano el doctor Olson logró estabilizar el helicóptero cuando éste parecía dispuesto a iniciar un giro completo que hubiese significado la muerte de sus ocupantes.
Todavía medio ciegos y ensordecidos por la terrible barahúnda que les había envuelto, los dos hombres tardaron bastante tiempo en poder tomar un sólido contacto con la realidad.
Fue Them-Lu el primero que rompió el silencio en el que se habían sumido.
— Ha debido ser una explosión parcial en uno de los depósitos que estaría sobrecargado de "neutrinos".
Don asintió con la cabeza antes de contestar.
— Le ruego que me perdone, profesor Them-Lu —dijo con acento sincero—. Nunca podría pensar que el profesor Francis se equivocase de esta lamentable manera.
Habían salido de la zona de los Grandes Depósitos, y volaban por encima de la región de los cráteres, de vuelta hacía la Residencia. Durante el trayecto guardaron un silencio que expresaba claramente las hondas preocupaciones en que estaban sumidos.
Ninguno de ellos se atrevió a hablar de los ocupantes del otro helicóptero. Sabían que la cobardía de Walter había desmoronado la voluntad del otro ayudante, obligándole a huir ante el peligro.
Cuando aterrizaron en el terreno que colindaba con la Residencia, después de descender del autogiro, caminaron guardando el mismo silencio hacia el edificio cuya silueta aerodinámica se destacaba sobre el fondo azul del cielo en el que las estrellas parecían guiñar su luz, como si fuesen otras tantas señales de un universal aparato de Geiger.
La servidumbre de la Residencia les esperaba a la entrada sumamente

agitada. Habían oído la terrible explosión y visto la llamarada que ésta había producido.
Olson les tranquilizó con unas palabras y cuando se disponía a dirigirse a su despacho, en compañía del asiático, uno de los criados le preguntó:
— ¿Tardarán aún en llegar los otros dos profesores?
Aquello fue como una ducha fría que hubiese caído sobre el joven físico.
— ¿Es que no han llegado aún? Se volvieron mucho antes que nosotros.
El criado movió la cabeza negativamente.
— Ustedes son los únicos que han llegado —dijo.
Casi inmediatamente, como si la luz se hiciese en su mente, Olson comprendió que al intentar huir, sus dos ayudantes, que habían empezado a iniciar un descenso con su autogiro, debían haber sido alcanzados por la explosión de aquel depósito.
Internamente sintió, con toda serenidad, la pérdida de sus colaboradores. Pero otras cosas de mayor importancia le requerían ahora. Su cerebro seguía preguntándose lo que habría ocurrido en la lejana América, y sus pensamientos no se separaban de las queridas imágenes de Dora y del pequeño.
Una vez en el salón, y después de pedir que les trajesen algo para comer y beber, Don encendió la enorme pantalla televisora que ocupaba uno de los ángulos de la estancia. No pasó mucho tiempo sin que la imagen de un desconocido locutor apareciese en el brillante óvalo.
— "Las últimas noticias que poseemos de la enorme masa liquida que se dirige a las costas de los Estados Unidos no pueden ser menos satisfactorias. Desgraciadamente, todos los esfuerzos que se están realizando para evacuar lo más rápidamente posible las grandes urbes estadounidenses, especialmente Nueva York, Providence, Atlantic City y otras muchas, no han dado los resultados que se esperaban. Una horrorosa sensación de pánico ha enloquecido a muchos de los habitantes de estas ciudades que, desoyendo las órdenes de los Poderes Públicos, no han logrado más que entorpecer las rutas de evacuación, produciendo numerosas víctimas que tenemos sinceramente que lamentar. Sin embargo, las operaciones de salvamento se siguen a un ritmo acelerado, y es un orgullo para nosotros informar al mundo entero de que las fuerzas públicas de los Estados Unidos están, como un solo hombre, en los lugares de mayor peligro sin otra idea que la de contribuir, aunque sea a costa de sus propias vidas, a la salvación de sus conciudadanos. Mas tarde reanudaremos nuestras informaciones."
Them-Lu se había puesto en pie y alargando su mano apagó la esfera

del televisor.
Don, mortalmente pálido, con los puños cerrados hasta que las uñas labraron surcos sangrientos en sus palmas, seguía con la mirada fija, como hipnotizado, en la oscura y brillante pantalla de la radio.
La tragedia que vivía en aquellos instantes el mundo le arañaba profundamente en su propia carne al pensar en su esposa y en el hijito que lucharían desesperadamente para huir de aquella ciudad maldita en que se había convertido Nueva York.
Con los ojos cerrados maldijo su propia impotencia y maldijo también el instante en que obedeció las órdenes del profesor Francis alejándose de su hogar. Si ahora estuviese junto a los suyos, el peligro le parecería mucho menor y sí la muerte le atrapaba también, moriría al menos intentando salvar a su pequeña familia. Pero aquí, lejos de toda posibilidad de hacer algo, se sentía tan íntimamente humano, tan terriblemente desgraciado, que la idea de la posibilidad de su propia muerte le atravesó, por un instante, su semienloquecido cerebro.
Them-Lu Se percató en seguida de que el joven sabio estaba bordeando los límites de la locura.
Efectivamente, los ojos de Olson iban tomando un extraño brillo ausente que demostraba palpablemente que la insanía se estaba apoderando de él.
Bruscamente se incorporó de su asiento sin decir una sola palabra, e intentó abandonar la estancia.
El profesor coreano se colocó entre él y la puerta de salida.
— ¿Qué va usted a hacer, doctor Olson?
El joven no contestó; tan sólo el brillo de sus pupilas aumentó considerablemente.
El asiático se percató de que la actitud de su compañero, se convertía en algo terriblemente amenazador. No obstante, intentó, por todos los medios, impedir la locura que se imaginaba que iba a cometer el otro.
Extendió las manos hacia delante como para detener a Don.
— ¡Deténgase, por favor! —la voz de Them-Lu era suplicante—. ¿No se da cuenta de la responsabilidad en que recaerá si se marcha de aquí? Es usted el jefe de este importante puesto de observación. ¡Tiene usted que quedarse! ¡No olvide que lo que ocurra aquí será mucho más catastrófico que lo que pase en América! ¡Hágame caso, se lo ruego!
La respuesta fue la que inevitablemente debía producirse.
El puño derecho de Olson salió disparado hacia delante a una velocidad vertiginosa hasta tropezar brutalmente con la mandíbula del asiático. Éste, después de vacilar unos instantes, se desplomó pesadamente hacia atrás produciendo un ruido seco cuando su cabeza golpeó la gruesa alfombra que cubría el suelo.
El joven físico observó primeramente su puño cerrado con el que

acababa de golpear a su colega; luego, después de mirar el cuerpo inmóvil del profesor coreano, se lanzó rabiosamente sobre él, en una terrible plancha y siguió golpeando, sin mirar dónde, hasta que la fatiga le rindió.
Cuando se incorporó, respirando fatigosamente, echó una mirada circular a la estancia. Después salió lentamente de la Residencia, dirigiéndose a la cercana pista sobre la que se destacaba la silueta del helicóptero.
Subió ágilmente al aparato y cuando el suave zumbido del motor rompió el silencio, al tiempo que el autogiro se iba elevando dulcemente, una carcajada sardónica brotó de sus entreabiertos labios.
— ¡Yo detendré esa maldita montaña de agua!

* * *

Por encima del rugido que producía la enorme ola, mientras se deslizaba velozmente sobre las aguas, Foldester y su compañero oyeron el silbido de las bombas de hidrógeno que se alejaban velozmente del avión, imitando el lúgubre ulular de una sirena.
— ¡Enciende las turbinas, rápido! —grito Henry, desesperadamente.
Ahora todo dependía de la velocidad que consiguiese el “Meteor”. Sólo así conseguirían alejarse lo suficiente para no ser absorbidos por el torbellino atmosférico que produciría el estallido de las tres bombas.
Un rugido colosal hizo que el avión se estremeciese de proa a popa. Detrás, junto a la cola vertical que servía de timón, rugientes lenguas de fuego surgían de las negras bocas de las turbinas. Toda la energía acumulada en el sólido combustible se traducía ahora en un hervor demoníaco.
Impulsado por el potente empuje de las sesenta bocas de fuego, el "Meteor" se lanzó como una flecha hacia las altas capas de la atmósfera, como si su materia inerte comprendiese el peligro de la desintegración que se iba a presentar en seguida,
De todas formas, y aunque habían conseguido una altura suficiente para escapar a las invisibles manos atómicas que braceaban en el aire llevando la muerte entre sus inexistentes dedos, el aparato pareció, durante unos instantes, danzar locamente como un trozo de corcho que flotase sobre las encrespadas olas de un Océano furioso.
La pantalla de "radar" pareció inflamarse interiormente. Tanto parecía arder que, sin darse cuenta, Leo la dejó escapar de sus manos como si en realidad estuviese al rojo vivo. Lo que ocurría era sencillamente que las impresiones luminosas de los corpúsculos que atravesaban el espacio, después de la desintegración de las bombas de hidrógeno, dibujaban sus rapidísimas estelas sobre ella.

El "Meteor" se vio envuelto por una llamarada azulada que recordaba la explosión de una carga infinita de magnesio. Durante más de tres minutos la cegadora luz pareció iluminar la tota1idad de la Tierra. Entre tanto, los dos tripulantes del aparato sentían un creciente malestar que les hacia sentirse enfermos, como si la vida se les escapase velozmente.
La fuerza centrífuga de la explosión, dominando la propia velocidad del "Meteor", impulsaba la sangre de sus cuerpos hacia la periferia, produciéndoles una terrible anemia cerebral. Y lo peor de todo era que, a pesar de que sus órganos nobles estaban exangües, la sensación de espantosa agonía les atenazaba como si se hubiesen encontrado completamente lúcidos.
Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Henry giró, milímetro a milímetro, su cabeza, que tenía apoyada en el respaldo de su asiento, hasta llegar a poder contemplar la imagen de su grueso ayudante.
Un estremecimiento de horror le sacudió por completo.
Leo ofrecía un horripilante aspecto. Sus ojos estaban tan desorbitados que parecían haberse salido completamente de las órbitas. En cuanto a su rostro, cruzado por mil profundas arrugas, semejaba a esas cabezas disecadas que constituían una curiosidad entre los indios brasileños.
¡Aquel ser monstruoso no podía ser jamás su amigo Holmer!
Era imposible que la faz de un hombre se modificase tan horriblemente. Además de los salientes ojos, de las narices, la boca y los oídos, brotaban rojos hilos de sangre que iban empapando la guerrera de tejido especial que tanto él como Leo llevaban.
Lentamente, tan lentamente que a Foldester le pareció toda una eternidad, el aparato fue recobrando una posición más normal, al tiempo que la sensación angustiosa cedía poco a poco.
Fue como si en una habitación en tinieblas alguien fuese descorriendo las cortinas que cubrieran las ventanas y el sol, primero tímidamente, en un diminuto haz de luz y luego a raudales, penetrase en el interior de la estancia haciendo que las cosas recobrasen su natural forma.
Henry respiro profundamente y muy pronto fue capaz de realizar algún movimiento. Finalmente, ya por entero dueño de sí, se volvió hacia su amigo.
Este continuaba en una posición similar a la que había horrorizado al joven periodista. No tan horrible como antes, el rostro de Leo continuaba cubierto de arrugas y las manchas de sangre, ya coaguladas, formaban una sucia costra sobre la piel.
Foldester se acercó a su camarada y con el temor pintado en los ojos, puso la mano diestra sobre el pecho de Holmer. Los latidos del corazón eran débiles, pero demostraron que la vida no había huido del voluminoso cuerpo de su simpático amigo.
Después de convencerse que Holmer no corría peligro alguno,

Foldester dedicó su atención a la marcha del aparato.
El "Meteor" atravesaba, en aquellos instantes, una capa de aire de gran pureza sobre cuyo fondo las estrellas parpadeaban en el infinito azul del espacio. El avión volaba dulcemente, disfrutando de una estabilidad perfecta.
Después de comprobar el estado de los mandos, Henry alargó la mano y apoderándose de la culata del disparador de "radar", oprimió el gatillo tras apuntar hacia el fondo oscuro sobre el que marchaba. Con el dedo índice cambió la pantalla, haciendo que el haz de ondas enviado entrase en el aparato después de "reflejarse" sobre la Tierra. Era, sencillamente, una variante de los mil empleos para los que se utilizaba el "radar”.
Ahora se trataba del "radar-sonda". Conociendo la velocidad de la ondulación lanzada, el aparato traducía en distancia el tiempo que tardaba la onda en volver a él, y que, en este caso, equivalía a la altura.
Henry vio cómo la aguja se lanzaba a una loca carrera sobre el círculo en el que las cifras representaban los metros:
...10.000... 12.000... 15.000... 17.000...
La delicada aguja se balancee unos instantes antes de quedar inmóvil.
...17.500 metros...
¡Diecisiete kilómetros y medio!
Pero en realidad su sorpresa no había acabado aún. El "Meteor” seguía ascendiendo y la aguja, que había quedado aparentemente inmóvil, empezó a vibrar de nuevo, dando pequeños saltos hacia cifras cada vez mas altas.
...22.000 metros...
Foldester no se atrevía a frenar el enorme impulso que empujaba al aparato. Estando convencido de que la enorme aceleración del "Meteor" estaba aún bajo el influjo del empuje de la explosión nuclear, esperaba que esta cesase para hacerse con los mandos del avión.
Sus ojos no se separaban un solo instante de la esfera de la "radar—sonda" que iba determinando la altura del aparato. Horrorizado vio como la aguja seguía su marcha ascendente.
...25.000 metros...
Bruscamente, el “Meteor" se vio rodeado por una extraña luminosidad nacarada, como si las nubes que atravesaba hubiesen sido de brillante plata.
Foldester no sabía que, en aquellos momentos estaba atravesando una extensa zona de ozono que forma la capa mas inferior de la estratosfera. Por encima de ella se extendía una capa caliente en la que la temperatura subiría de una forma fantástica, debido a las cargas eléctricas que rodean el Planeta desde los cincuenta a los sesenta kilómetros de altura.

Si el joven periodista hubiera sabido el peligro hacia el que caminaban raudamente, no hubiese sonreído al creer que se encontraban ya fuera de peligro. En realidad, su manera de reaccionar fue completamente normal, ya que se dispuso a enderezar la marcha del "Meteor" y orientarlo convenientemente para la vuelta.
Pensó que debían estar enormemente alejados del lugar en que habían provocado las explosiones de hidrógeno. Era forzosamente necesario regresar al punto aproximado en que habían realizado el lanzamiento de las bombas nucleares.
En otros tiempos aquella maniobra hubiese resultado difícil o casi imposible; pero la técnica había avanzado mucho en el campo de la aeronáutica y Henry no tuvo mas que maniobrar en un curioso aparato que tenía ante él, un poco ligeramente hacia la derecha.
El aparato —"brújula de coordenadas"— consistía en una palanca iluminada sobre la que estaba meticulosamente dibujado el mapa del mundo. Al pulsar uno de los botones, dos líneas brillantes y verdosas surgieron, una por cada ángulo inferior. Foldester se apoderó de unos pequeños mandos, logrando que las dos líneas se uniesen en un punto, sobre el mapa, en el que calculaba habían soltado las bombas.
Al unirse, las líneas que coincidían aproximadamente en la mitad de la distancia entre Islandia y la costa Oriental de los Estados Unidos, un brillante punto rojo apareció exactamente en la intersección de las dos líneas.
Foldester fijó los mandos, de manera que aquel punto rojo no se moviese mas; de esta manera acababa de concretar el lugar al que había de dirigirse.
Inmediatamente después oprimió otro botón del fantástico aparato. Un sordo rumor le demostró que el "cerebro electrónico" del "piloto automático" estaba "aprendiendo” la nueva ruta. Aquel "aprendizaje” duró apenas unos segundos. Seguidamente el punto rojo cambió bruscamente de color, volviéndose intensamente azul.
¡El "cerebro electrónico" estaba dispuesto a obrar!
Era la contestación clara que la máquina hacia al hombre. Los formidables mecanismos habían orientado al "Meteor” que ahora, en el momento que Foldester lo desease, partiría raudamente hacía el punto que marcaban las coordenadas. Los ocupantes del avión no tendrían que ocuparse de nada, ya que en el momento en que el “Meteor" estuviese sobre el punto marcado en la "brújula de coordenadas", el "piloto automático" avisaría a Henry de que la ruta se había acabado.
Foldester pulsó el botón de marcha y ya tranquilo se volvió hacía su amigo.
Holmer se estaba recuperando decididamente. Su rostro había perdido el horrible aspecto que tenía antes y, salvo las manchas coaguladas de

sangre que seguían cubriendo su faz, el resto ofrecía el aspecto de siempre.
Incorporándose, Leo se sentó convenientemente en su asiento; luego miró a Foldester:
— ¿Qué demonios le ha pasado en la cara, Henry?
Éste, antes de contestar, se pasó la mano por el rostro. Inmediatamente se percató de que tenía sangre coagulada sobre la cara.
Sin poder contenerse lanzó una alegre carcajada.
— ¡Parece imposible! —exclamó sin dejar de reírse—. ¡Me ha pasado igual que a ti y no lo he notado!
Leo se había dado igualmente cuenta, al recorrer su rostro con sus dedos gordezuelos, de que le ocurría lo que a su compañero.
— ¿Qué nos ha pasado? — inquirió un tanto asustado.
Foldester le miro fijamente; el joven periodista se había puesto inopinadamente serio.
— Es mejor —dijo— que no te bayas dado cuenta. Cuando me recupere, solamente a medias, esa es la verdad, te observé, y bajo mi palabra de honor te aseguro que estabas desconocido. Eras una especie de ser monstruoso, repleto de arrugas, con el rostro abotargado; francamente horrible...
Holmer frunció el entrecejo.
— Pero... —inquirió con una voz donde vibraba una irresistible emoción—, ¿qué nos ha ocurrido?
Foldester se percató de que debía una explicación a su amigo. Hubiese deseado proporcionarle un relato lo más técnico posible de la cuestión. Pero no podía olvidar, en modo alguno, que era un periodista cuya cultura, aunque extensa, no era la de un físico.
— No sé si lograré aclararte mis propias ideas, que son bastante confusas. Lo que creo que pasó, fue lo siguiente: A pesar de la altura desde la que logramos lanzar las bombas, la explosión debió proyectarse hasta la fantástica altura a que llegó el "Meteor". Como el avión giró y avanzaba de popa, la enorme fuerza centrífuga, provocada por la explosión del hidrógeno, hizo que la sangre de nuestros cuerpos se fuese hacia atrás, hacia la proa, acumulándose en la parte anterior —de nuestros organismos. Esto nos produjo una fuerte anemia cerebral y una deformación espantosa de la cara. Además, la sangre agolpada brutalmente, intentó buscar salida y así lo hizo por todos los orificios del rostro. Si la cosa hubiese durado unos segundos mas, el "Meteor" llevaría ahora en sus cabinas un par de cadáveres.
Leo respiró aliviado.
— ¡Hemos tenido suerte! —suspiró sonoramente; luego—: ¿Hacia dónde nos dirigimos ahora?

— Hemos de comprobar los resultados de las bombas que hemos lanzado. Tenemos que asegurarnos que nuestro esfuerzo no ha sido baldío.
El zumbador del la "brújula de coordenadas” les avisó de que se encontraban sobre el punto que Foldester había marcado sobre el mapa de la pantalla.
La ansiosa mirada de ambos se dirigió hacía abajo. A través de la pared plástica transparente que formaba por entero la cabina del "Meteor", Henry y Leo no distinguían más que una espesa bruma que cubría el Océano. La turbia luz del amanecer prestaba un tono irreal a la densa formación vaporosa sobre la que el avión parecía deslizarse.
— ¡Voy a bajar mas! —gritó Foldester—. ¡No veo nada claro en todo esto!
El "Meteor" pico de proa introduciéndose velozmente en la masa nebulosa. Con los ojos en la "‘radar—sonda", los dos hombres seguían la marcha descendente del aparato. A la velocidad que éste atravesaba la capa vaporosa, era necesario evitar que chocase brutal y mortalmente contra el mar.
— ¡Conecta—el "piloto—automático” con la "radar—sonda"! —ordenó bruscamente Henry.
Leo obedeció prestamente. De esta manera sus vidas estaban aseguradas, ya que el "Meteor" se detendría antes de chocar contra las aguas.
Fue en aquel preciso instante en que Holmer se percató de que una lluvia torrencial azotaba la cubierta transparente de la cabina. Parecía mas bien uno de esos "tornados” tropicales en los que, inopinadamente, el agua caía furiosamente sobre la tierra en cantidades fantásticas.
— ¡Qué tiempo! —dijo Leo.
Foldester sonrió al oír la exclamación de su compañero. Comprendía perfectamente que Holmer era un buen muchacho, incapaz de hacer trabajar sus meninges a la velocidad que la vida exigía hacerlo. Fuera de su carácter bonachón y obediente cien por cien, Leo consideraba que pensar demasiado era la forma más precisa de perder el apetito, después la salud corporal y, por último, la mental.
Henry continuaba observando atentamente la verdadera tromba de agua que envolvía al "Meteor". La luz se iba haciendo en su mente y decidido a aclarar definitivamente sus ideas, cambió de rumbo al aparato, haciéndole seguir un vuelo horizontal y dirigiéndolo directamente hacia el Oeste.
El día surgió ante ellos, cuando salieron de la zona lluviosa, como una aurora boreal largamente esperada. El aspecto del mar imponía, sin embargo. Altísimas olas encrespaban las aguas, prestándoles un aspecto de mar picado, con una fortísima marejada.

El "Meteor” se deslizaba a unos centenares de metros sobre el océano, como una plateada flecha lanzada por un gigantesco arco. No tardaron en divisar la costa y al ver al cabo de unos segundos la masa grisácea de una gran ciudad que se perfilaba allá lejos, no pudieron contener un grito de alegría, que era el nombre de la urbe hacia la que se acercaban:
— ¡Nueva York!
Abandonando su asiento, Leo atravesó velozmente la distancia que le separaba de su compañero. Al llegar junto a Foldester, lo abrazó con tal fuerza que Henry lanzó un grito de dolor.
— ¡Déjame, gorila! —gritó medio asfixiado.
Holmer se separó de él con cierto desagrado. En realidad, los dos amigos prorrumpieron en sonoras carcajadas.
— ¡Hemos triunfado, Leo! —gritó Foldester repleto de sincero entusiasmo.
— ¡Si, amigo mío! —repuso el otro—. ¡Parece mentira que podamos volver a mirar Nueva York! Yo creía que nunca mas podríamos hacerlo.
Minutos más tarde aterrizaban en uno de los más modernos aeropuertos. El históricamente célebre de La Guardia hacía muchos años que ya no funcionaba, porque después de muchas ampliaciones había quedado pequeño para ser usado por los gigantescos "Ultrakomet".
Una vez que hubieron descendido del "Meteor”, fueron inmediatamente abordados por los conductores de helicópteros de servicio público. A los ya medio olvidados "yellow—cabs" del último siglo, que formaban un atractivo de la ciudad de los mil novecientos, habían seguido los "A—B—C", singladura que servía corrientemente para denominar los "Air-Black-Cabs[6] ".
La ciudad estaba medio vacía, pero ya se respiraba un ambiente de tranquilidad por doquier y las estaciones, igual que los aeropuertos, no cesaban de descargar sobre la urbe las gentes que volvían a ella con un formidable alborozo.
Después de haber llegado a la triste conclusión que sus hogares serían destruidos, los habitantes de Nueva York volvían a encontrarse en medio de los objetos que les eran tan imprescindibles como familiares. De la espantosa tragedia que se había cernido sobre ellos, ya no quedaba mas que un desagradable recuerdo, como suele pasar después de una pesadilla.
Y es que el hombre olvida pronto sus dolores, por grandes que estos sean, quizá, por un desconocido mecanismo psicológico de autodefensa.
Los dos hombres se hicieron conducir a la terraza del colosal edificio en el que estaban situadas las oficinas del "Australia—Morning", en

Nueva York.
El recibimiento que les hicieron tomó características de apoteósico. Mister Krester, el director de la Delegación neoyorquina del periódico, había recibido ya una enorme cantidad de mensajes desde Australia, pidiendo noticias de los dos periodistas.
Los telefonovisores empezaron e a transmitir las excelentes noticias hacia el continente australiano. Sin poder descansar un solo instante, Foldester no cesaba de explicar, de mil formas diferentes, la aventura que acababan de correr. Sabía que sus palabras se iban imprimiendo directamente a medida que salían de sus labios.
El salvamento de las grandes ciudades orientales de los Estados Unidos constituía una noticia maravillosa para toda la Prensa; pero, para el "Australia—Morning'', aquella noticia que se traducía en una hazaña realizada por su joven redactor—jefe, iba a convertirse en el lanzamiento de millones de ejemplares y de la cuantiosa suma que pagarían los otros grandes rotativos por la venta de tan extraordinaria información.
A las cuatro de la tarde —hora local— Henry, seguido de su inseparable amigo y colaborador, pudo al fin salir de aquella estancia en la que el humo de los cigarrillos formaba una espesa niebla.
Un "A—B—C" les condujo a la terraza de un hotel en el que habían solicitado dos habitaciones. Su principal deseo era el de descansar cuantas horas pudiesen sin ser molestados por nadie. Sin embargo, el destino no lo quería así.
Estaban tomando un último "whisky", en la habitación de Foldester, cuando la puerta se abrió para dejar paso a una jauría de periodistas, que habían logrado localizarles.
Y no hubo medio alguno de convencerles de que estaban cansados. Forzosamente hubieron de volver a relatar lo que había ocurrido, mientras sus ojos se cerraban, como si los párpados se hubiesen convertido en plomo.
Leo consiguió reclinarse en el cómodo sillón y tras graduar la temperatura del mueble fue informando cada vez más lentamente, hasta que el primer ronquido demostró a los que le escuchaban que no tenían nada que hacer.

SEGUNDA PARTE

“Entonces llegará la “ekpirosis” —el juego general— que convertirá el Cosmos entero en llamas. Esto permitirá el nacimiento de un mundo justo, eternamente dichoso y no sometido a las influencias astrales; libre del reino del tiempo. Una serie de calamidades anunciará la proximidad del Fin del Mundo.”

(Séneca)

“En medio de tales males, reconoceréis que el Fin del Mundo va a llegar.”

(De una carta del Papa Gregorio el Grande, en el año 589)

CAPITULO PRIMERO

La sala de conferencias del Instituto Nuclear de Nueva York, estaba repleta de toda clase de gente que habían logrado procurarse un sitio en las enormes estradas. Una expectación sin límites reinaba por doquier.

Los asientos reservados a la Prensa estaban, si era posible decirlo así, más completos que las graderías públicas. Por encima de los periodistas, en una amplia terraza de material plástico transparente, se asomaban las cámaras televisoras que apuntaban, como cañones, a la pequeña estrada en la que los sucesivos oradores iban a intentar defender o atacar en uno de los mas importantes procesos que se habían conocido.

Hasta entonces, aquella inmensa sala sólo había servido para las reuniones científicas de las que salían las más inesperadas aplicaciones de la energía atómica; ahora, todo aquello se había convertido en una especie de tremendo Juzgado, en el que iba a juzgarse la vida de un hombre.

Don Olson.

Aquel era el reo sobre el que iba la caer, con todo su peso, el terrible brazo de la Ley, Pero lo más terrible era que la acusación provenía de las representaciones del mundo entero y que el delito podía calificarse como de “lesa Humanidad".

El joven físico había sido primeramente acusado por la persona a la que él admiraba mas sinceramente: el profesor Alan O. Francis, que iba a jugar ahora el papel de fiscal.

En la tribuna de la Prensa, Foldester y Holmer, a quienes se les había concedido permiso desde Australia para que se hiciesen cargo de la información del proceso, contemplaban con ojos atentos la figura del acusado que, sentado sobre una silla situada frente al Tribunal, no hacía mas que dirigir constantes miradas hacia el lado derecho de la sala, donde en un lugar discreto se veía una mujer joven que sostenía entre sus brazos un niño de corta edad.

Después de la alegría que había corrido por todos los Estados Unidos, como una alborozada brisa de entusiasmo, cuando se supieron las noticias de que el peligro de las desdichadas explosiones atómicas en los barcos no iban a tener las espantosas consecuencias que se esperaban, parecía antinatural aquel proceso en el que se proponía castigar con toda dureza un momento de locura en un hombre que, como el joven Olson, tenía antecedentes de una nitidez absoluta.
Así era, al menos, como pensaba Henry Foldester de aquel problema. Conocía perfectamente los hechos de los que destacaba la detención del doctor Olson por la "A. G. P."[7] en la región de Berlín, en la que el físico se había visto obligado a aterrizar por falta de combustible.
La presencia del profesor Francis hizo que el silencio dominase por completo los murmullos de las conversaciones que surgían por todos lados. Su presencia imponía tanto a los que ya le conocían como a aquellos que no le habían visto más que en las pantallas de televisión y en las fotografías de los periódicos.
Después de tomar asiento en el centro de la mesa ocupada por el Tribunal del Instituto Nuclear, que era el que iba a juzgar la falta cometida por Don, ya que los tribunales internacionales carecían de competencia para realizarlo, el profesor dirigió una mirada y una sonrisa hacia el lado derecho de la larga mesa que estaba ocupado por las autoridades civiles y militares de casi todos los países del mundo.
Francis se incorporó y tras dirigir una pequeña alocución de saludo a todos los presentes, acabó diciendo:
— La gravedad inconcebible de esta falta no puede permitir, no solamente una impunidad, sino que su castigo debe ser severo y tan duro como nos lo permita la Ley humana, para que sirva de ejemplo en el futuro.
Un murmullo que corroboraba, de muy distinta forma, las palabras que acababa de pronunciar el profesor, se adueñó durante unos instantes de la estancia. Las cámaras televisoras funcionaban a pleno rendimiento.
Una vez que el silencio volvió a hacerse, el profesor Francis se lanzó a la acusación, exponiendo los puntos más sobresalientes de ella y concluyendo en una aportación de pruebas que demostraban palpablemente que el joven físico había abandonado la región de los Grandes Depósitos de Uranio, olvidando los sagrados deberes de la responsabilidad que su cargo le imponía. El profesor abordó en seguida el tema de lo acontecido allí.
— No puedo ocultar a las autoridades que me escuchan —dijo con voz tonante— que se produjo en uno de los Depósitos una explosión parcial relativamente peligrosa. Demos —añadió con una sonrisa burlona— a la palabra "relativa" la fuerza de una pared de plomo de un espesor cercano a los dos metros. Naturalmente que toda

explosión que por desgracia se produjese, siendo aproximadamente de la cuantía de esta que hablamos, no podrá alcanzar el peligro que algunas autoridades orientales han manifestado
Sus ojos buscaron ansiosamente entre las primeras filas de butacas la amarillenta faz de Them-Lu, el profesor de la Universidad de Seúl. Éste mantuvo firme la mirada que iba dirigida a él.
— Lo que no puedo comprender —prosiguió diciendo— es el tono alarmista de ciertas informaciones que afirman la existencia de ciertos corpúsculos capaces de provocar reacciones en cadena. —Dio un formidable puñetazo encima de la mesa—. ¡Yo aseguro aquí a todos los representantes de las Naciones que esos rumores son completa y absolutamente falsos.
Una ovación estruendosa coronó las palabras del orador. Seguidamente el profesor pasó directamente a exponer los puntos de su acusación, solicitando la máxima serenidad al Tribunal.
La expectación creció por instantes llegando al paroxismo en el momento que en el Tribunal recogió el papel en el que iba el resultado de la deliberación del Jurado.
Las negras bocas de las cámaras televisoras se concentraron sobre la persona del profesor Alan O. Francis que, con mano nerviosa, desdobló el trozo de papel que le habían entregado.
Una sonrisa, que fue inmediatamente transmitida a todos los rincones de la Tierra, indicó a los que le observaban el resultado de la deliberación antes que los labios de Francis lo formulasen.
"Este Jurado Internacional, formado libremente por miembros de todas las Naciones y reunidos en el Instituto Nuclear de Nueva York, en los Estados Unidos de América del Norte, procedemos a emitir un veredicto por requerimiento del Tribunal Espeoial que se ha constituido para juzgar la causa de abandono ante un deber con el mundo, del físico llamado Don Olson. Nuestro veredicto considera culpable de las faltas que se le acusan al precitado Don Olson, y adhiriéndonos a la opinión fiscal, representada por el insigne profesor Alan O. Francis, requerimos del Tribunal Especial una severidad ejemplar en la pena que imponga."
El griterío fue infernal. Las cámaras fotográficas, las de cine, las de televisión y los grandes proyectores de que se servían todas ellas, cegaron momentáneamente a los espectadores.
Unos minutos mas tarde, cuando la normalidad volvió a adueñarse de la sala, se podía oír el volar de un insecto, tal era el profundo silencio con que se esperaba la determinación del Tribunal.
Los grandes altavoces vibraron un tanto antes de que la voz de un "speaker" hiciese conocer la determinación del Tribunal Especial, que se redujo a dos terribles palabras.
"Pena de muerte".

Seguidamente, cuando ya nadie escuchaba, los altavoces siguieron hablando.
"La pena se cumplirá dentro de seis días y el reo morirá en la cámara de desintegración de la Penitenciaría Central de este Estado."
Foldester arrastró fuera a su obeso compañero.
— ¡Tengo necesidad de respirar un poco! —exclamó.
— A mi me ocurre algo parecido —repuso Leo—. Este ambiente me ha enfriado el entusiasmo que tuve cuando llegamos a Nueva York.
— Ha sido muy desagradable, en efecto.
Los ascensores les llevaron a la terraza del edificio, donde después de una larga espera, lograron que sacasen de los garajes subterráneos el autogiro de la Delegación neoyorquina del "Australia—Morning".
— Pareces preocupado, Henry —dijo Holmer cuando se elevaron sobre el pardo edificio del Instituto Nuclear.
— Tienes razón, amigo mío —repuso en voz baja.
— Lo que acaba de ocurrir en esa sala no me ha gustado absolutamente nada.
— ¿Te has fijado en la mujer de ese pobre Olson? ¿Es muy bonita?
— Si te he de decir la verdad —repuso Foldester— sólo la he mirado un par de veces y mas que en ella me he fijado en el pequeñín que tenía en los brazos.
— ¡El problema de esa muchacha va a ser peliagudo! Además, ¿te has fijado que nadie se ha encargado de defender a ese muchacho?
— ¡No valía la pena! Tienes que tener en cuenta, Holmer, que la sentencia estaba ya dictada antes de que el Tribunal la pronunciase. Como siempre, alguien tenía que pagar los vidrios rotos.
— Tampoco han hablado del accidente de los barcos en el Atlántico Norte —insistió Leo, que estaba dispuesto a no dejar ningún detalle sin tocar.
— Ya leíste la información en la Prensa del otro día —explicó Foldester—. El profesor Francis decía que el accidente debió producirse por alguna imprudencia cometida por los miembros de alguna tripulación.
Henry había bajado la cabeza y observaba, profundamente ensimismado, los cuadros de mando del aparato, sin prestarles en realidad la menor atención.
Fue Homer el que lanzó el grito de aviso.
— ¡Cuidado, Henry!
Éste, levantando la cabeza rápidamente, se percató del peligro que corría. Ante ellos, un lujoso helicóptero de último modelo avanzaba hacia ellos a gran velocidad.
Pulsando el timón de profundidad Foldester logró evitar, por un verdadero milagro, el otro aparato que pasó raudamente sobre ellos.
— ¡Debe ir dormido! —exclamó después de realizar la maniobra.

— Querrás decir dormida.
— ¿Lo conducía una mujer?
— ¡Y que mujer! —comentó Helmer que había vuelto la cabeza para seguir al helicóptero. De repente, volvió a gritar—: ¡Fíjate! —y cuando Foldester volvió, a su vez, la cabeza—. ¡Esa loca va a estrellarse!
En efecto. El hermoso autogiro, pintado en un azul intenso, parecía volar caprichosamente, como si la persona que lo condujese hubiese perdido el control de los mandos.
— ¡Vamos a ver lo que le pasa! —exclamó Henry.
Luego, manejando con su acostumbrada habilidad el aparato, le hizo evolucionar rápidamente llegando, algunos segundos después, a las cercanías del lujoso helicóptero.
Este, ciegamente conducido, se iba aproximando peligrosamente a una de las terrazas de los edificios que colindaba el estrecho pasadizo de aquella avenida.
— ¡Cuidado! —gritó Holmer sin poderse contener.
Pero ya era demasiado tarde. El morro del autogiro había chocado violentamente contra el fuerte muro de la terraza. Una débil humareda que seguidamente se convirtió en un cúmulo de llamas, cubrió la parte de la litera del aparato que se mantenía gracias a su gran hélice horizontal.
Foldester no dudó un momento en lo que debía de hacer y dando gas a su aparato, se acercó velozmente al otro. Ya cerca, evolucionó de manera a situar su cabina a corta distancia de la del helicóptero averiado. Un humo denso empezaba a salir a través de las planchas transparentes de plástico que se habían desgarrado por efecto del choque.
— ¡Ten los mandos! —ordenó Holmer.
No se veía absolutamente nada del interior de la cabina del otro autogiro. Pero, siendo la distancia entre ambos bastante pequeña, Henry pudo, de un formidable salto, lanzarse al interior de la cabina, atravesando las planchas de plástico que se desgarraron aún más a su paso.
Merced a una brusca contracción de todos los músculos de su ágil cuerpo, pudo evitar el golpe que se hubiese dado al dejarse caer sencillamente sin oponer resistencia alguna.
La humareda le cegó momentáneamente; luego, en seguida, distinguió el cuerpo de una mujer que estaba reclinada hacia adelante, apoyada su cabeza en el volante del aparato.
Rápidamente Foldester levantó en vilo a la muchacha, acercándose después al lugar por el que acababa de penetrar en la cabina. Con satisfacción observó que su compañero había logrado acercar su autogiro a una distancia mínima del que ya empezaba seriamente a arder.

— ¡Cógela por los brazos! —exclamó.
La maniobra se pudo llevar a cabo con bastante facilidad, y segundos después el cuerpo de la desmayada joven reposaba extendido en el asiento trasero del helicóptero de los periodistas.
Leo, al volante, se separó rápidamente del otro aparato que ardía ya por completo. Abajo, en la calle, se había ya formado el correspondiente cordón de policía para evitar que cuando el autogiro cayese causase víctimas entre los peatones,
— ¿A dónde vamos? —inquirió Holmer.
— No muy lejos —repuso el otro con una sonrisa—. ¡Mira!
Leo volvió la cabeza hacia el lugar que le indicaba su amigo, frunciendo inmediatamente el entrecejo.
Detrás de ellos y avanzando a una gran velocidad, se acercaban varios helicópteros de la "Air Police".
Holmer volvió la cabeza hacia el asiento trasero. Luego, con acento compungido:
— ¡Qué lástima! Ahora se la llevarán detenida.
Antes de que pudiesen percatarse de la proximidad de los aparatos policíacos, éstos, en una rápida maniobra, se colocaron alrededor de ellos. Inmediatamente después, el micrófono de a bordo sonó intensamente.
— “Hagan el favor de detenerse en la primera terraza a la izquierda! ¡Orden de la policía!"
Holmer obedeció prestamente aterrizando en el lugar en el que le acababan de ordenar. Momentos más tarde, los uniformados agentes estaban junto a los dos periodistas.
— ¿Han conseguido salvar a la conductora de ese helicóptero que ardía?
Foldester señaló hacia la parte trasera de su aparato antes de responder:
— Sí, señor, Ahí esta aún desvanecida.
El policía se acercó y abriendo la portezuela penetró en el interior del helicóptero. Unos momentos después salía para enfrentarse con Henry.
— Ya esta volviendo en sí; esperaremos unos instantes y luego nos la llevaremos a la Central.
— ¡Eso no!
Todos volvieron las cabezas hacia el lugar de donde había salido aquella voz. De pie, apoyándose con la mano izquierda en el marco de la portezuela, del helicóptero, estaba la joven completamente restablecida.
Foldester la miró con interés. Desde el momento en que la saco entre las nubes de humo, no había podido contemplaría con detalle y no hubiera podido decir, sin temor a equivocarse, cómo era en realidad. Pero ahora, teniéndola delante, se sentía capaz de exponer un juicio

sin error alguno.
Las descripciones eran inútiles y, por lo tanto, sobraban. Foldester catalogó a la muchacha entre aquellas, muy pocas, para las que no hay en ninguna lengua adjetivos calificativos que sean capaces de retratar la realidad.
Una sedosa cabellera rubia le caía por la espalda, apenas cubierta por la diminuta capa, de tejido negro, cuya moda se había impuesto recientemente en todo el mundo. Haciendo contraste con esta prenda, una ceñida blusa blanca contribuía a resaltar los encantos de la joven de una manera absolutamente positiva. Terminando las perneras de sus pantalones, igualmente negros, unas botas altas y brillantes, completaban su indumentaria.
Pero Henry no se detuvo en el examen detallado de aquella muchacha. Desde un principio sintió un enorme atractivo hacia el rostro de ella que tenía una cierta semejanza con las caras que el había tenido ocasión de ver en los cuadros de los pintores flamencos.
Los ojos, eminentemente grises, daban una potente luminosidad a las miradas, hasta tal punto que parecía que dejaban una extraña y sensible huella en donde se posaban. La nariz era recta y, bajo ella, los labios finos y no intensamente coloreados formaban, con la blancura de la tez, un conjunto de delicada armonía que lo hacía prácticamente irresistible.
Foldester, sin saber por qué, sintió una gran simpatía por aquella desconocida y se dispuso, un poco quijotescamente, a defenderla de lo que podía considerar como "garras" de la policía. Por ello se dirigió directamente al agente que estaba junto a él.
— Escuche —empezó a decir—, nosotros somos periodistas y podíamos hacernos cargo de esta joven...
— ¡De ninguna manera! ¿Qué se ha creído usted? Lo que va ha hacer es acompañarme a la Central. Su documentación, por favor.
Foldester se consideró completamente perdido. Sobre todo, lo que mas le indignaba era hacer el ridículo delante de la joven.
Pero el destino tenía ganas de hacer las cosas a su modo. Y, cuando esto ocurre, no hay policía que valga.
— ¿Como? —la sorpresa se hacia patente en el rostro del agente; luego, volviéndose hacia sus compañeros—: ¡Venid aquí! ¡Si es Henry Foldester en persona!
Los otros acudieron prestamente. Todos contemplaban al joven periodista como si se hubiese tratado de uno de aquellos raros animales que se veían en la sección de Geología Histórica del Museo de Historia Natural de Nueva York.
El agente, tras enseñar a todos sus compañeros la documentación del periodista, se volvió hacia él. Su rostro expresaba una amabilidad que se mezclaba, a partes iguales, con la admiración.

— Puede hacer lo que guste, mister Foldester. De todas maneras, es posible que le llamemos dentro de algún tiempo. Pero iré yo mismo para que nadie le moleste.
Saludo, al unísono de todos sus compañeros, e instantes después los helicópteros se perdían velozmente entre la circulación aérea de la ciudad.
Henry se acercó decididamente a la joven. Ésta le sonrió amablemente.
— Ha sido gracias a usted que me he visto libre, no solamente de la policía, sino del escándalo que hubiese promovido mí detención.
Antes de que Foldester pudiese decir nada, Holmer intervino:
— No se preocupe, señorita. Todo lo que podamos hacer, lo haremos, porque...
El pisotón que su compañero acababa de propinarle interrumpió sus obsequiosas frases. La joven, que se había percatado de la maniobra de Henry, sonrió divertida.
— ¿Y si fuésemos a beber algo? —dijo—. Les aseguro que estoy muerta de sed.
El helicóptero, llevado por Leo que, naturalmente, iba gruñendo, se dirigió rápidamente hacia la parte norte de la ciudad. Pasaron por encima de lo que antes era el barrio negro de Nueva York y que ahora se había convertido en un extenso parque que coronaba el istmo de la ciudad.
De vez en cuando, el gordinflón de Holmer dirigía asesinas miradas por el espejo retrovisor al grupo que formaban, en el asiento trasero, su compañero y la joven. Íntimamente molesto, aceleró la marcha al máximo, exponiéndose un par de veces a llevarse algún trozo de las terrazas, que casi tocaba con el aparato.
Finalmente, con una maniobra digna de cualquier "as" de la aviación, se poso en la terraza de uno de los establecimientos más renombrados de la urbe.
Una vez ante la mesa, y con sendos vasos de "whisky", degustaron el líquido antes de empezar a hablar. Fue Foldester el que, para evitar que Holmer iniciase la conversación, tomó la palabra.
— Este es mi amigo Leo Holmer, colaborador de confianza en el periódico. Es un muchacho que promete, sí no fuera por su indolencia, que le hace malgastar un tiempo precioso.
Hizo un involuntario guiño al recibir una patada en la espinilla, magistralmente dada por su compañero.
— Yo no me he presentado aún —dijo la joven—. Me llamo Lana Drake y soy hija del profesor Igor Drake, jefe del Servicio de Sismografía de los Estados Unidos.
— ¡Está visto que no salimos de profesores! —exclamó Leo.
Ella le miro con cierta curiosidad no exenta de asombro.

— Debe perdonar a Holmer —intervino Foldester, maldiciendo el instante en que no se había decidido a dejar al gordinflón en cualquier parte—. Quiere decir que como acabamos de Salir del Instituto Nuclear y ahora nos encontramos con usted...
Ella sonrió, mostrando una dentadura que causó en Henry la misma sensación de admiración que lo que habla contemplado hasta entonces.
— Mi padre trabaja hace muchos años y solamente podemos vernos por la noche, a la hora de cenar; el resto del tiempo lo pasa en su laboratorio, que esta situado a cerca de doscientos metros debajo de tierra.
— ¡Eso debe ser peor que trabajar en una mina! —exclamó Holmer.
La patada y la tibia cambiaron de dirección y de dueño esta vez. Foldester, que estaba sobre ascuas, se dirigió directamente al ataque.
— Te voy a pedir un favor, amigo mio —el tono de la voz de Henry era agudo como el filo de una espada—. No sabes lo que te agradecería que te acercaras a la redacción para enviar el primer informe de lo que hemos oído hoy al director. Puedes decirle que estoy algo indispuesto.
Los ojos de Holmer brillaron intensamente.
— Me parece —dijo con sorna— que tu "indisposición" va a durar bastante tiempo. Así que creo que lo mejor sera que le diga a mister Sharton que has presentado la dimisión y que me he hecho cargo de tu puesto.
El golpe dio ahora en el vacío, porque Leo estaba preparado.
— Me voy —dijo, levantándose; después, mientras estrechaba la mano a la muchacha, le dirigió una mirada que tenía mucho de desintegradora.
— ¡Es un buen chico! —comentó Foldester cuando su compañero hubo desaparecido.
— Y usted un chico malo —repuso ella con una sonrisa.
Siguieron charlando de cosas banales, hasta que Foldester se percató claramente de que ella le estaba prestando muy poca atención, En efecto, la joven parecía distraída, más bien ensimismada o preocupada por algo que debía ser bastante importante para ella.
Henry dudo bastante tiempo en preguntarle lo que le ocurría. Finalmente, se decidió a hacerlo.
— Parece que le ocurre algo, miss Drake.
Ella le miro intensamente con sus bellos ojos grises. Su rostro estaba completamente serio, y, por primera vez, sorprendió él una sombra de tristeza en aquellas maravillosas pupilas.
— No sabe cuánto lamento el que se haya usted dado cuenta de mi tristeza. No quería, de ninguna forma, estropear esta velada; pero soy muy torpe para disimular y siempre fracaso cuando lo intento. —

Sonrió tristemente—. En realidad, son problemas que no pueden interesarle a usted en forma alguna.
En su última afirmación, la joven estaba completamente equivocada. A Foldester le interesaba todo lo que viniese de ella. Analizándose sinceramente, el periodista hubo de confesarse que Lana Drake le interesaba demasiado.
— Ya sé —murmuró en voz baja— que no debería decirle esto, pero me agradaría mucho poder ayudarla, fuese como fuese.
La mano derecha del joven había avanzado sobre la mesa hasta rozar los finos y bien cuidados dedos de ella. Foldester se sintió inmensamente feliz al sentir que ella no retiraba su mano.
— Va a ser una verdadera historia extraña para usted; pero he de confesarle que me inspira una sincera confianza —la mano de él cubrió por completo la de la joven—. Todo se reduce a las preocupaciones de papa. Desde hace unos días, se ha vuelto huraño; me regaña, cosa que no ha hecho nunca, por los más fútiles motivos. En fin, le aseguro que ha cambiado tanto, que muchas veces no puedo comparar su imagen actual con la de hace poco tiempo y de la que yo estaba profundamente orgullosa.
— ¿Conoce usted los motivos de ese cambio?
— Los conozco, pero no los comprendo. Durante las cenas, papa no deja de hablar en voz baja, como si lo hiciese consigo mismo, de las impresiones que sus aparatos reciben, y habla de que algo raro ocurre en las capas internas de la Tierra. Hasta una vez le oí decir claramente: "¡Si esto sigue así, el planeta se partirá en pedazos!"
Foldester escuchaba atentamente. Su fino instinto de periodista le hizo darse cuenta de que algo muy importante estaba preocupando al profesor Drake. No era raro nada de lo que acababa de oír de labios de la muchacha. Después de lo ocurrido en el Atlántico y del accidente en Siberia que iba a llevar a un joven físico a la cámara de desintegración...
Todo ello parecía corroborar que un fenómeno extraordlnario estaba produciéndose, una cosa de tanta importancia, que la existencia del planeta estaba íntimamente ligada a ella.
Audazmente, formuló la pregunta que deseaba ardientemente hacer:
— ¿Podría hablar con su padre, miss Drake?
La mirada que le dirigió la joven le hizo sonreír.
— ¡No! —protestó, sin dejar de reír—. No se trata aún, por desgracia, de pedir su mano —luego, poniéndose serio otra vez—: Desearía conversar con el profesor Drake sobre asuntos que considero de la mayor importancia.
Ella lanzó una ojeada a su cronógrafo de pulsera.
— Dentro de dos horas, aproximadamente, podríamos ensayar la suerte de encontrar a mi padre fuera del laboratorio. Entretanto...

Él había presionado intensamente la mano de la joven, interrumpiendo la frase de miss Drake.
— Entretanto... —prosiguió él— podríamos dar un paseo sobre las afueras de la ciudad. Quiero alejarme un poco de este horrible bullicio que nos rodea. Desearía estar solo... en su compañía.
Ella no respondió, pero su mirada era lo suficientemente elocuente para obviar toda palabra.
El "A. B. C." llegó prestamente a la terraza al requerimiento del *maitre*. Momentos mas tarde, el elegante y cómodo helicóptero se alejaba de la ciudad bajo un cielo que el pincel de la noche iba salpicando de brillantes estrellas.

CAPÍTULO II

El profesor Drake cerró cuidadosamente la puerta que separaba su laboratorio particular de los otros, en los que una multitud de ayudantes se afanaban en completo silencio junto a los modernos aparatos.
La totalidad de los Laboratorios de Sismología, en realidad los mas importantes y precisos del mundo entero, ocupaban una vasta zona subterránea en la que los sensibles aparatos podían precisar, con una exactitud matemática, el menor movimiento anormal en el interior de la corteza terrestre.
Sobre los blancos muros de las salas de experiencias, los mapas geológicos, con sus chillones colores, formaban toda la decoración. El estudio de las entrañas de la Tierra se hacia de una manera sistemática. Gracias a la delicada sensibilidad de los sismógrafos y al descubrimiento del "geo-radar" y de la "sonda geológica", que lanzaba vibraciones capaces de atravesar las espesas capas del subsuelo, podía llegarse a precisar cualquier variación en la estructura de las capas de la Tierra y prevenir, cosa no antes lograda, la inminencia de los movimientos sísmicos con tiempo suficiente para proceder a las necesarias evacuaciones de población antes de que se produjesen los terremotos.
Se había llegado a lograr, por medio de pequeñas explosiones nucleares en el fondo de los océanos, crear centros de atracción para que los movimientos sísmicos se "deslizasen" hacia otros lugares, disminuyendo o aun anulando su terrible poder destructor. Así se pudo salvar al Japón, en junio de 1999, de una verdadera catástrofe, haciendo que el terremoto que debía sacudir las islas niponas se produjese en pleno océano Pacífico, lejos de toda zona habitada.
De todo esto podía deducirse que el profesor Drake se encontrase plenamente satisfecho de la magnífica labor que realizaba el Centro de

Investigación a su mando. No obstante, cuando acabó de asegurarse que había cerrado perfectamente la puerta que le separaba de sus colaboradores, la profunda arruga que fruncia su ceño no era precisamente una muestra de alegría.
Con paso nervioso, Drake se dirigió al sismógrafo del, que solía servirse particularmente. El aparato, una verdadera maravilla del ingenio humano, se elevaba, con sus quince toneladas de peso, como un monstruo metálico y brillante que dominase casi por entero la totalidad del espacio del laboratorio.
Estaba dotado de los últimos adelantos, entre los que destacaba un gran círculo que representaba el "mapa mundi" y que no era otra cosa que la pantalla del "compás geológico". Aquel instrumento, de una asombrosa precisión, era capaz, en combinación con el resto del colosal aparato, de indicar, con un error de trescientos metros, el punto de la Tierra en el que se estaba produciendo algún fenómeno extraño. Era una especie de "radar" subterráneo, como un fonendoscopio con el que el profesor "auscultaba" los misteriosos ruidos de las entrañas de la Tierra.
Acercando uno de los taburetes dotados de ruedas y provistos de un mecanismo semejante al de los sillones de los dentistas, Drake lo colocó junto al aparato y, oprimiendo un botón, lo hizo elevarse, con el encima, hasta la altura en la que estaba situado el cuadro de mandos, teniendo a su derecha el "mapa mundi".
Sus dedos temblaban visiblemente cuando se dispuso a "encender" el aparato. Parecía dudar o, mejor dicho, temer algo. Era tan patente su miedo, que la mirada que dirigió al sismógrafo era colérica, cosa que jamás le había ocurrido en su larga vida científica; él, que era un enamorado de la técnica cuando ésta servía para librar de una muerte espantosa a los seres humanos.
Algo en el interior del sismógrafo emitió un agudo silbido. Los delicados órganos electrónicos estaban ya en marcha, dispuestos a contestar con precisión a las preguntas que les dirigiese el sabio.
Al pulsar otro nuevo botón, el "mapa mundi" se iluminó con una azulada claridad que permitía distinguir los menores detalles de la geografía del globo terrestre. Si alguien hubiese sorprendido la mirada atemorizada que Drake dirigió al mapa, se hubiera extrañado evidentemente.
Con gesto decidido, como el que se suele utilizar para provocar una inevitable tragedia, el profesor oprimió fuertemente un nuevo botón de color verde. Inmediatamente un punto luminoso, de un intenso rojo granate, apareció sobre el mapa.
El punto oscilaba, con grandes vibraciones, de derecha a izquierda, recorriendo, simbólicamente, un espacio enorme de miles de millas sobre tierras y mares.

Inopinadamente, tras abarcar cada vez menos espacio, el punto rojo se detuvo sobre una zona amplia de Asia, Lentamente, después, fue inmovilizándose hasta quedar completamente fijado sobre una región siberiana que, entonces, poseía una gran importancia para la Humanidad.

¡¡Los Grandes Depósitos de Uranio!!

El temblor de las manos de Drake se hizo más intenso. Sus pupilas, brillantes como el punto del mapa, expresaban una cólera mal contenida.

— ¡No hay error posible! —murmuró entre dientes.

Poniendo en marcha el motor de su taburete, hizo que éste descendiese hasta permitirle llegar al suelo. Luego, con paso lento, como si acabase de recorrer realmente la distancia por la que se había movido el punto rojo, se acercó a su mesa de despacho, que ocupaba uno de los rincones de su laboratorio.

Sobre la mesa, junto a unos complejos esquemas, había un cuaderno negro lleno de cifras que expresaban los cálculos en que estaba trabajando cuando el extraño fenómeno que le preocupaba llegó hasta él.

Con un gesto de rabia empujó el cuaderno y los dibujos hacia un lado. Después, dejándose caer sobre el asiento, emitió un suspiro profundo. Desde el momento en que había cerrado la puerta de su laboratorio, parecía haber envejecido cien años; alrededor de sus ojos se habían formado una serie de arrugas que los circundaban, prestándoles un raro aspecto de senectud. Su frente, amplia en extremo, estaba igualmente cubierta de profundos pliegues.

Alargando la diestra, atrajo hacia si el aparato "dictador" que iba recogiendo sus ideas. Tras acercarlo a sus labios, empezó a hablar:

— Hoy, día 17, iguales observaciones que en los días anteriores. El "compás geológico" continúa señalando la existencia de una fisura en la región siberiana ocupada por los Grandes Depósitos de Uranio. Es casi seguro que se están produciendo desintegraciones en la parte inferior de las sustancias nucleares de los citados Depósitos. Aunque es todavía pronto para poseer los datos concretos que nos permitirían explicamos este fenómeno, no se puede dudar de que la Tierra se esta desintegrando en aquellos lugares. La existencia de una fisura, que alcanza ya gran profundidad, es evidente...

Entornó los ojos, cesando al mismo tiempo de hablar.

Con la imaginación, torturando cruelmente su cerebro, intentó "ver" lo que acontecía en aquellos alejados lugares. Observó la desintegración lenta, pero segura de las sustancias nucleares, que iban convirtiendo la tierra sobre la que reposaban en una especie de débil humo. Así, poco a poco, se iba formando un pozo, una fisura cada vez más profunda, más ancha, como un espantoso abismo que caminase hacia el centro

de la Tierra.
Las consecuencias eran fáciles de adivinar...
El horrible pozo avanzaría continuamente hacía el fondo. Podía ser que llegase al núcleo rugiente del planeta, allí donde los elementos metálicos están en estado gaseoso, debido a la enorme temperatura y a la presión. Si tal cosa ocurría, daría lugar a un colosal volcán, como jamás se había conocido, que lanzaría sobre las tierras y los mares un rugiente vapor de metales pesados que, tras abrasarlo todo, cubriría la superficie, al enfriarse, de una capa metálica que haría imposible toda manifestación de vida. El hierro, el cobre, el mercurio y, sobre todo, el oro, cubrirían la Tierra como un castigo divino a los hombres que llevan siempre un Rey Midas en el corazón.
Pero, además, existía una posibilidad quizá, tan horrible como la primera...
La honda brecha que se iba haciendo bajo la tierra podía orientarse hacia alguna poderosa corriente subterránea en comunicación directa con el mar. Entonces, un inaudito "géiser" rugiente brotaría de las entrañas de la Tierra, cayendo sobre ella como un segundo Diluvio. Las aguas cubrirían el suelo y el océano pasaría por aquel colosal sifón para desplomarse torrencialmente, anegándolo todo.
Abriendo los ojos, Drake recordó su última entrevista con el profesor Francis, al que había explicado lealmente sus temores. Alan se había reído de todo aquello, llegando a calificarlo de "absurda fantasía". Luego, cuando acabó aquella penosa entrevista, Drake pensó tristemente que, si la afirmación de Francis era exacta, el ridículo que cubriría la noticia se convertiría en una lapida que caería sobre él.
Podía ser que la interpretación que él daba a aquel fenómeno no respondiese a la realidad y que la fisura, evidente por encima de todo, no alcanzase la importancia que Drake le daba...
Pero la amenaza seguía existiendo, ya que el "compás geológico" no podía equivocarse.
Enormemente fastidiado, Drake cerró el contacto del aparato que iba tomando sus palabras.
— No habrá más remedio; si continúo recogiendo estas extrañas manifestaciones del sismógrafo, tendré que volver a hablar con el profesor Francis.
Abandonó el laboratorio y, después de tomar un helicóptero de servicio público, se hizo conducir a su domicilio.
El profesor Drake habitaba, con su hija y una vieja parienta que cuidaba de ellos con un cariño casi maternal, unas habitaciones en uno de los amplios edificios situados en los alrededores de la ciudad y que habían recibido el pomposo y equívoco nombre de "Residencia".
No fue muy agradable su sorpresa al encontrar a su hija acompañada por un desconocido, Pero, desde las primeras palabras que se

cambiaron entre ellos, el profesor se dejó llevar por la simpatía de aquel muchacho, e íntimamente se alegró de poder conversar de cosas banales que le permitiesen alejar su mente de los tristes problemas que se debatían en ella.
Después de cenar salieron a la amplia terraza que colindaba con el comedor, tomando asiento alrededor de una mesita metálica de la que brotaba, por un nuevo sistema de luminotecnia, una claridad agradable y que producía un notable descanso nervioso.
El profesor, casi sin darse cuenta, abandono pronto los temas intrascendentes en que se desarrollaba la conversación, yéndose directamente al tema que le estaba preocupando. Además, el joven periodista le pareció una persona que, en contra de su profesión, era decididamente discreta.
— No sabe usted lo que me alegra poder charlar con alguien de algo que se esta convirtiendo en una verdadera obsesión —miró intensamente a su hija—. He dicho muy poca cosa a Lana. Después de todo, comprenderá usted, que no debo sobrecargar a mi hija con preocupaciones que aumenten el aburrimiento de la vida que, desgraciadamente, le hago llevar. No es nada raro que los hijos de los que estamos dedicados intensamente a la investigación científica gocen mucho menos de la existencia que los hijos de familias corrientes.
— ¡No digas esas cosas, papa! —protestó con vehemencia la joven.
— Puede que tengas razón, hija mía —repuso el sabio; luego, volviéndose definitivamente hacia Foldester—: Ya que usted ha intervenido tan heroicamente en la salvación de gran parte de nuestro país, tiene cierto derecho a conocer él motivo de mis preocupaciones actuales. Además, el hecho de haber salvado a Lana de un accidente cierto aumenta mi deuda hacia usted.
— Desearía que no diera usted tanta importancia a esos hechos —protestó Henry—. Créame que sus amabilidades me abruman.
La mirada de Drake estaba como perdida en un punto infinito. Durante unos instantes guardó un completo silencio.
— Hace unos días —empezó a decir— que vengo recogiendo unas raras observaciones en el sismógrafo de que dispongo —hizo una pausa mientras sus ojos se entornaban intensamente, hasta parecer completamente cerrados—. Todo parece coincidir en la existencia de una honda fisura situada exactamente debajo de la zona de los Grandes Depósitos de Uranio en Siberia. Yo no puedo explicarme satisfactoriamente lo que allí esta ocurriendo; pero comprenderá usted que, si mis ideas son ciertas, el mundo esta corriendo un peligro mucho mayor del que usted tuvo la audacia y la valentía de librarnos.
Foldester sintió un "*shock*" interno del que tardó algunos segundos en recuperarse. En un principio, no comprendió exactamente las

manifestaciones del profesor. Luego, mientras concentraba su mente en las palabras que le iban llegando, fue viendo progresivamente más claro en el asunto.

— ¿Podría usted decirme —inquirió— qué motivo puede haber producido esa fisura?

— No puede haber otro —repuso el profesor— que la desintegración parcial de algunas masas nucleares de las que allí están almacenadas. Ya sabe usted que, aunque raramente, el proceso de desintegración lenta de las sustancias radioactivas puede incrementarse por la acción de ciertos corpúsculos que intensifican la reacción hasta hacerla explosiva, sin necesidad de que alcance una disolución completa de las materias atómicas. Esta desintegración afecta, naturalmente, a todo lo que encuentra a su paso, y como posee una dirección determinada en el caso de los Depósitos de Uranio, no se ataca más que a la parte inferior y, por lo tanto, va destruyendo la tierra que se encuentra debajo del depósito.

— Ahora lo entiendo. Me parece poder explicarlo de una manera menos científica, pero mas clara que la de usted: Es como si una draga fuese sacando tierra y ahondando intensamente ya sin cesar. Lo que no entiendo mucho es el porqué esa reacción no se detiene y cuando puede hacerlo.

— Naturalmente —explicó el profesor —que la reacción se detendrá, en el momento que el uranio del depósito que se esta desintegrando se acabe. Pero ¿podemos estar seguros de que los otros depósitos no empiecen a funcionar de la misma manera que el primero?

A Foldester había palidecido al representarse mentalmente el espantoso peligro que significaba todo aquello. La pregunta que le quemaba los labios fue formulada inmediatamente.

— ¿Ha comunicado usted algo de esto a las autoridades?

El gesto que puso el profesor expresaba claramente la congoja que le provocaba aquella pregunta.

— He hablado con el profesor Francis, que es la única autoridad a la que podemos dirigirnos en estos casos. No ignorara usted que los civiles no se preocupan de estos asuntos más que cuando el Comité Internacional Atómico procede a una información directa a las naciones. Desde hace muchos años, los investigadores hemos pasado a ser unos sencillos esclavos de nuestros jefes internacionales.

— ¡Pero eso es absurdo! —exclamó Henry—. Ante un peligro de esa naturaleza, la Humanidad debía ser prontamente informada.

— El profesor Francis —siguió diciendo Drake con el mismo tono triste en la voz— es el que tiene que informar. Desgraciadamente, todas mis manifestaciones le han parecido un tanto fantásticas... —esbozó una sonrisa repleta de melancolía— y puede que este en lo cierto.

— Hasta ahora —afirmó rotundamente Foldester— había creído que los instrumentos de precisión no se equivocaban jamás.
— Yo también creía eso...

* * *

El barrio chino de Nueva York había evolucionado mucho desde las postrimerías del siglo XX. Las sórdidas callejas de "Chinatown” habían desaparecido por completo y, en su lugar, había crecido una especie de ciudad, dentro de la gran urbe, dotada de todos los adelantos modernos y donde los asiáticos vivían en condiciones de igualarse a cualquier habitante de Nueva York.
La Universidad china de la ciudad había alcanzado una merecida fama, así como el Hospital. Además, muchos de los miembros del Instituto Nuclear de los Estados Unidos eran de nacionalidad china o recientemente incorporados a la ciudadanía estadounidense.
El profesor Them-Lu, que habla venido la los Estados Unidos para asistir al proceso del desdichado doctor Olson, con la intención de hacer todo lo posible por aquel hombre, residía en el barrio chino, siendo huésped de uno de los físicos más eminentes de raza amarilla, el profesor Shel-Thi.
Desde su llegada a los Estados Unidos, Them-Lu había intentado, por todos los medios, entrevistarse con el profesor Francis. Pero todas sus tentativas habían sido infructuosas.
No obstante, el coreano estaba dispuesto a que sus conocimientos sobre la existencia de "neutrinos" en la atmósfera terrestre fuese conocida. Y así, por un cúmulo de casualidades, deseando dar a la Prensa una información de sus temores, Them-Lu avisó a la personalidad periodística que le parecía la más adecuada para lo que él necesitaba: Henry Foldester.
El periodista, que había acudido a la cita del físico en una de las maravillosas residencias orientales de Nueva York, examinaba atentamente a su extraño interlocutor.
Éste había empezado por ofrecer a Henry una serie de clásicos platos de la complicada cocina china, que degustaron lentamente, siguiendo las tradicionales leyes de la gastronómica oriental.
Fue después de acabar el contenido de las minúsculas tazas de te cuando el profesor Them-Lu clavó sus brillantes pupilas en los ojos del periodista.
Seguidamente y con una lentitud característica, explicó a Foldester las observaciones que había hecho en su lejano país y las que resultaron del trágico viaje de inspección que hizo en compañía del doctor Olson.
A medida que avanzaba en su disertación, Them-Lu se excitaba intensamente y, al final, en cortas y duras palabras, atacó la

personalidad del profesor Alan O. Francis, al que calificó de inconsciente por no escuchar la realidad de una amenaza que se cernía sobre la tierra.
— Sólo un loco —acabó diciendo— es capaz de mantenerse sordo ante los concretos datos que yo le envíe antes de las catástrofes que se han producido. Le aseguro, que no puedo explicarme en modo alguno esta anormal actitud del profesor Francis.
Foldester, que acababa de conocer los problemas del padre de Lana, sintió que un involuntario estremecimiento le recorría el cuerpo. Le parecía sentir interiormente una tremenda angustia cuyo motivo no podía concretarse a sí mismo. Había algo, muy extraño, en todo aquello.
Por un momento estuvo a punto de explicar a aquel simpático profesor las cuitas que le amenazaban; pero, refrenándose, juzgó más oportuno no echar mas leña al fuego.
— No se preocupe —dijo levantándose para despedirse del coreano— que yo publicaré extensamente todas estas informaciones que ha tenido usted la amabilidad de procurarme.
Una vez en el aire, a bordo de su helicóptero, Henry se sintió más desamparado que nunca. El torbellino de ideas que bullía en su cerebro le causaba un verdadero mal físico.
No llegaba a comprender con precisión la extraña personalidad de aquel celebre Francis al que sólo conocía por la multitud de fotografías que habían publicado todos los periódicos del orbe. La fama de Alan se había extendido por todo el mundo y no habla lugar sobre la tierra en que los mas eminentes especialistas en Energía Nuclear, no se rindiese ante la potente personalidad de su director internacional.
Cuando la audaz idea se presentó en la mente de Foldester, éste la rechazó con toda violencia. Pero insidiosamente aquella idea volvió a manifestarse cada vez con mas fuerza, hasta convertirse en una verdadera obsesión.
¡Iria a ver al profesor Francis!
La terraza del Instituto Nuclear estaba, a aquellas horas, completamente desierta. Foldester posó su helicóptero en un lugar marcado haciéndose conducir después por uno de los ascensores al piso en el que se encontraban las habitaciones de los miembros técnicos del Instituto.
Esperó, pacientemente, durante algo más de tres horas. Todas las revistas que había sobre las mesitas de aquella enorme sala de espera, llegaron a serle completamente familiares. Cansado, hizo funcionar el aparato de televisión, del que no tardó tampoco en aburrirse.
Finalmente, con una cólera mal retenida, salió del edificio y montando en el autogiro se alejó sin saber exactamente el rumbo que tomaría.

La idea de volver a ver a Lana le pareció magnifica y la única medicina para poder calmar el estado colérico que le dominaba. Se dirigió, pues, hacia la residencia del profesor Drake.
Después de aterrizar en la terraza de servicio del edificio, descendió las pocas escaleras que le separaban del departamento de la muchacha, extrañándole mucho encontrarla puerta entornada.
No obstante, pulso el timbre varias veces oyéndole sonar perfectamente en el interior. Se mantuvo así, en la espera, hasta que, decidiéndose, penetró en el interior.
— ¡Lana!
No obtuvo respuesta alguna y, atravesando el "hall" se introdujo en las habitaciones interiores. Fue entonces cuando los cabellos se le erizaron sobre su cabeza.
¡El profesor Drake yacía en el suelo, en medio de un tremendo charco de sangre!
Venciendo la sorpresa, Henry se acercó al cadáver, contemplándolo con el mayor detenimiento.
El rostro del profesor estaba terriblemente mutilado. Una serie de brutales golpes, propinados con algún objeto contundente, habían desfigurado por completo la cara de Drake, convirtiéndola en una informe masa sanguinolenta.
Foldester se acercó al telefonovisor marcando rápidamente el número de la policía. Cuando el rostro del agente apareció en la iluminada pantalla:
— Me llamo Henry Foldester —dijo el periodista—. Me encuentro en el domicilio del profesor Drake, a quien acabo de encontrar muerto violentamente.
La imagen del policía desapareció unos instantes y, en su lugar, Henry vió la característica cámara cinematográfica que estaba tomando su imagen como control de la Policía.
El agente reapareció en seguida.
— Le rogamos, mister Foldester, que permanezca ahí hasta la llegada de nuestros hombres. Si tiene usted la amabilidad, haga girar la pantalla de su telefonovisor, de forma que podamos filmar el cuerpo de la víctima.
Henry obedeció prestamente. Acababa de realizar la maniobra que le había solicitado el agente, cuando sintió pasos a su espalda.
Al volverse, vio el pelotón de la policía aérea que acababa de llegar.
Durante el tiempo que los policías dedicaron a sus trabajos de investigación y después de la llegada del médico forense, el detallado examen del cadáver, Foldester permaneció sentado con la cabeza entre las manos, haciendo un violento esfuerzo mental para poder orientarse en aquel tremendo asunto.
No llegaba a concebir el motivo que había empujado al asesino para

eliminar a una persona que como el profesor Drake pertenecía a un mundo distinto, en el que las pasiones están habitualmente encauzadas hacia los asuntos científicos.
Cuando el inspector de policía hubo terminado de hacerle las preguntas de rigor, Henry solicitó permiso para salir de allí. Deseaba ardientemente encontrar a Lana para poder evitarle el choque tremendo que le produciría la noticia si llegaba directamente a su domicilio.
Tuvo la suerte de encontrar a la joven en uno de los lugares a que habitualmente acudía la hija del profesor Drake. Con gran habilidad logró informarle de la irreparable pérdida que acababa de sufrir.
Cuando volaban en el helicóptero hacia el domicilio de ella, la joven apoyó su cabeza en el hombro de él; Foldester pasó su brazo por encima del hombro de la joven comprendiendo que, desde aquel momento, tenía a alguien por quien debía luchar.

CAPÍTULO III

Don Olson fue ejecutado en la cámara desintegradora de la Prisión Central de Nueva York, en presencia de los testigos de rigor.
La noticia apareció en las paginas interiores dé los periódicos, ocupando solamente un tiempo de medio minuto en las emisiones de la Televisión Americana para él mundo.
Quizá, fuera del enorme dolor que la noticia produjo a su esposa, dos seres sintieron aquella muerte como algo extraño y hasta contrario a la justicia humana.
Las noticias que acapararon la atención del público americano primero y del resto de la humanidad después, fueron las sensacionales informaciones publicadas por Henry Foldester y que resumían los detalles proporcionados por el profesor Them-Lu.
La reacción del público en general no tardó en producirse y las primeras manifestaciones recorrían las calles de Nueva York con grandes letreros en los que se exigía una pronta aclaración sobre aquella cuestión.
El pánico, que parecía haberse adormecido desde el accidente del Atlántico Norte, volvió a hacer presa en el corazón de los hombres. Pero ahora su extensión alcanzaba el orbe entero y las protestas llovieron sobre los Estados Unidos en un movimiento de verdadera locura.
La primera medida oficial que se dio a conocer fue la detención del profesor Them-Lu, que fue internado, respetuosamente; en el Instituto Nuclear, hasta que se procediese a una investigación a fondo para comprobar la verosimilitud de sus palabras.

El público de la ciudad exigió de una manera amenazadora que sus representantes en el Gobierno y los miembros que ellos mismos nombraron al efecto asistiesen a la sesión en la que el profesor coreano iba a enfrentarse a la autoridad de Alan O. Francis.
Éste, que pasaba una corta temporada de descanso en su laboratorio particular de Nevada, fue requerido urgentemente para que dictaminase y probase que las informaciones del coreano eran inciertas.
El mundo entero estaba pendiente de la extraordinaria reunión que iba a celebrarse en el Instituto Nuclear de Nueva York. Centenares de aviones llevaban a los Estados Unidos a multitud de físicos de todas las naciones que deseaban esclarecer la fantástica alarma y que, además, habían sido enviados por sus respectivos gobiernos para que emitiesen un diagnóstico tranquilizador que calmase la angustia espantosa que sacudía a la Humanidad entera.
Era algo tan tremendo como el terror que, hizo temblar al mundo ante la llegada del año 1000[8] .
Las manifestaciones recorrieron las calles de todas las ciudades del orbe y el movimiento de protesta y de indignación general contra la imprevisión de los responsables científicos alcanzó dimensiones verdaderamente catastróficas.
Muchos Centros de Investigación fueron asaltados por la muchedumbre enfurecida, que los incendió.
La corriente de cólera popular llegó a extremos en los que las fuerzas de Orden Público se vieron obligadas a disparar contra los manifestantes. Las emisiones de televisión y los grandes periódicos informaban día y noche, en ediciones especiales y extraordinarias, aconsejando serenidad a las gentes. Pero un estado de angustia se había extendido por el mundo. Todas las miradas se dirigían hacia el Instituto Nuclear de Nueva York, en el que iba a definirse, de una vez para siempre, la existencia o la irrealidad del peligro anunciado por Them-Lu.
Entretanto, enormes contingentes de habitantes de las zonas colindantes con Siberia huían precipitadamente en busca de los puertos o de los aeródromos para escapar de aquella parte del mundo que se calificaba ya abiertamente de "Continente Maldito". Los esfuerzos de la policía de los países asiáticos para detener aquella tremenda oleada que empujaban los fantasmas del Pánico, del Miedo y del Terror, resultaban ineficaces, aun empleando los métodos más violentos, ya que las gentes, con los ojos desorbitados, derrumbaban cuantos obstáculos tenían delante.
El día en que se anunció la reunión de la que se pensaba saliese la verdad, la expectación era enorme por doquier. Ante las gigantescas pantallas televisoras que se situaban en millones de puntos distintos

de todos los Continentes, una multitud abigarrada,
temblorosa, impaciente y amenazadora, seguía con ansiedad los preparativos que en el Instituto Nuclear se llevaban a efecto y que ya eran visibles en las pantallas.

Cuando se produjo la aparición del profesor Them-Lu, un rugido de odio debió oírse por encima de todos los ruidos de la civilización del siglo XXI. Era seguro que aquella colérica voz de los habitantes de la tierra, lanzada al unísono, debió oírse como un formidable trueno que lo dominase todo.

Por el contrario, cuando el profesor Alan O. Francis subió pomposamente a su tribuna presidencial, los aplausos resonaron en el mundo entero y todos los corazones latieron de esperanza.

En él, las aterrorizadas gentes veían la salvación, la vuelta a la egoísta tranquilidad de cada uno. En la figura del físico coreano, estaba la amenaza del Fin, el terrible acabamiento de todo; la destrucción total.

Alrededor de las pantallas de televisión, el silencio se hizo intensamente profundo cuando el profesor Francis empezó su diatriba contra las manifestaciones de Them-Lu. El gentío escuchó atentamente todo aquel cúmulo de extrañas palabras e incomprensibles términos científicos que no entendía en absoluto. Pero poseía como una rara intuición de que por encima de todo aquel fantástico vocabulario, Francis estaba defendiendo su causa.

Them-Lu contestó a los ataques que le dirigía su contrincante haciendo lo imposible porque sus palabras dominasen los gritos y las protestas que su presencia producía en la sala.

Después de que acabó su contestación, los periodistas rogaron a ambos profesores que explicasen, de manera sencilla y asequible a todos los oyentes, lo que acababan de decir o algo que aproximadamente pudiese dar una idea general de la polémica.

Alan O. Francis explicó sonriendo sus puntos de vista en los que quería demostrar la no existencia de los célebres "neutrinos” en la atmósfera terrestre. Atacó duramente lo que calificó de ideas alarmistas del profesor Them-Lu y exigió que se tomasen serias medidas contra todos aquellos que promoviesen movimientos del alarma o de pánico en el mundo. Afirmó rotundamente que el hombre había conseguido dominar la energía atómica y que los accidentes que, desgraciadamente, se producían de vez en cuando, eran indudablemente debidos a imprudencias cometidas por individuos que no conocían los cuidados que debían tenerse en el manejo de las sustancias nucleares.

Una ovación, que duró largos minutos, coronó las palabras del popular sabio. Luego, cuando le tocó el turno al asiático, por vez primera hubo un silencio que quería indicar que se le daba aún cierta beligerancia.

— Voy a deciros unas cuantas palabras desde mi difícil posición de

hombre que parece amenazar a sus semejantes como una locura.
"Los átomos —siguió diciendo—, esos maravillosos gigantes disfrazados de pigmeos, esos diminutos motores de la Creación, sobre los que reposa la existencia de las cosa, se están rebelando contra el hombre que quería convertirlos en sus esclavos. Ellos vivían, como torbellinos minúsculos, como mundos de lo infinitamente pequeño, cumpliendo la misión que el Creador les había encomendado.
Sus ojos brillaron intensamente, como nunca, prestando a su mirada un aspecto fulminante.
— Alguien, estoy seguro, ha sembrado la división y la discordia entre ellos; alguien ha facilitado su rebeldía y ellos se levantan ahora para destruirse a si mismos y, con ello, destruir la Tierra.
"Es muy fácil calmar los ánimos, apagar la hoguera del pánico, frenar el impulso del miedo; es la vieja táctica del avestruz. Yo, Them-Lu, reto al profesor Alan O. Francis a que venga conmigo a la región de los Grandes Depósitos de Uranio para comprobar, ayudado por el formidable aparato por él descubierto —el "contador atomoscópico"— para demostrar la no existencia de las graves perturbaciones que yo he observado en aquellas regiones. Si el profesor Francis consigue demostrar que mis palabras han expresado una falsedad o una fantasía, me someteré al juicio de la Comisión de Naciones y del Instituto Nuclear.
Durante un buen rato nadie pudo oír nada, ya que el revuelo que subrayo las últimas palabras del profesor coreano hicieron imposible entender lo que ocurría.
Cuando el silencio se hizo de nuevo, el público que se agolpaba ante las pantallas televisoras conoció inesperadamente el resultado de las conversaciones que, durante el tumulto, había celebrado, en el mayor secreto, el Tribunal Nuclear.
Éste aprobó enteramente la propuesta del profesor Them-Lu.
Entretanto, Foldester consiguió salir rápidamente dirigiéndose directamente a la pantalla transmisora, ante la cual se plantó para comunicar al Mundo un mensaje de considerable importancia.
A través de las redes de televisión que retransmitían la información del periodista a todas las Delegaciones del "Australia-Morning", sus palabras sonaron como un terrible aviso en los oídos de los millones de oyentes.
— De lo que resulte de la visita de los dos profesores a la región siberiana, podrá el mundo obtener un respiro o el horror de saber que sus días están contados. Desde el principio de los Tiempos, jamás había pasado la Humanidad por momentos tan cruciales. Por primera vez en la Historia, conocemos la posibilidad próxima de un caótico Fin y todo depende de las palabras que sean pronunciadas por uno de los

dos hombres que van a volar juntos hacia la gran incógnita.

* * *

Mientras se preparaba el viaje de los profesores, que iban a ser acompañados por centenares de aviones con miembros de la Prensa y de casi todos los Gobiernos del mundo, Henry, después de haber despachado las sensacionales noticias a Australia, pensó en dedicar las horas que le quedaban de permanencia en Nueva York a la hija del desdichado profesor Drake.

Hacía ya casi dos días que no había visto a Lana y se sentía impaciente por volver a estar junto a la joven. Maldecía mil veces la azarosa vida que le obligaba a llevar su profesión, exigiéndole el empleo de un tiempo en el que no lograba hallar el menor descanso.

Lana Drake estaba recostada en una butaca bajo las exóticas plantas que bordeaban la terraza de su apartamento. La vieja parienta que se encargaba de los cuidados domésticos de la casa, condujo a Foldester junto a la joven.

— ¡Es usted, Henry! —exclamó con alegría incorporándose para saludarle—. No sabe lo que me alegro de volverle a ver. Creía, francamente, que se había marchado de la ciudad.

Hubo en la mirada de Foldester una luz de reproche hacia las palabras de la joven.

— ¿Cree usted sinceramente que me hubiese ausentado de Nueva York sin venir a verla?

Ella sonrió débilmente. Después, con esa manera de repetir una vana crueldad que tienen las mujeres, dijo:

— Después de todo, ya ha sido muy amable conmigo y no tiene la menor obligación.

Foldester pensó, por un instante, que lo más conveniente hubiera sido propinar una sonora azotaina a aquella testaruda que no se avenía a manifestar claramente la clase de sentimientos que sentía por él. Pero, pensándolo mejor, optó por guardar silencio y encender un cigarrillo mientras tomaba asiento en un sillón cercano a la hamaca que ocupaba miss Drake.

Durante un buen rato guardaron silencio, y las pocas miradas que se cruzaron entre ellos fueron todo lo aparentemente frías que podían permitirse. Después, cuando les sirvieron sendas bebidas y que hubieron degustado la mayor parte del contenido de sus respectivos vasos, fue ella la que rompió el silencio.

— Esta mañana —dijo— he visto y escuchado parte de la sesión que ha tenido lugar en el Instituto Nuclear. No puede imaginarse usted la íntima alegría que he sentido al ver que alguien defendía los puntos de vista de mi pobre padre.

— ¿Le ha comunicado algo la Policía? —inquirió él.
— Nada claro. Parece ser que un vecino divisó un elegante helicóptero cuando éste se posaba en la terraza de aterrizaje del edificio. Desgraciadamente, los detalles que ese testigo ha proporcionado son lo bastante confusos para no poder esperar nada de ellos.
— ¿Le han dado al menos alguna esperanza de que el asesino sera capturado?
— ¿Quién debía dármela?
— La Policía.
— No me han dicho nada. Tan sólo que tenga paciencia y espere que las investigaciones vayan aclarando las cosas. De todas formas, no voy a permanecer inactiva y pienso revisar los papeles que papa dejo en su despacho para ver si puedo aclarar algo. —Le lanzó una mirada suplicante que conmovió profundamente al joven, antes de preguntarle— ¿Le gustaría acompañarme?
— Para mi sera un placer —repuso él sintiéndose inundado por la alegría—. ¿Cuando quiere usted que vayamos?
— Ahora mismo, si no le molesta.
Desde que entraron en los profundos laboratorios de sismología, Foldester empezó a observar curiosamente todo lo que le rodeaba. Era la primera vez que descendía a aquellos lugares y se sentía vivamente impresionado por cuantos detalles curiosos se manifestaban ante él.
Una serie de generadores de oxígeno, gas que pasaba por unos departamentos de "termo—control", proporcionaban a aquel subterráneo una temperatura ambiente que no debía envidiar nada a la de cualquier lugar de la ciudad. La luminosidad, de origen nuclear, aparecía tamizada por una serie de filtros especiales que prestaban una claridad difusa y agradable que hacia resaltar la quietud de aquellos lugares.
Desde la desaparición trágica del profesor Drake, su ayudante Snader se había hecho cargo de la jefatura de los laboratorios. Fue este joven doctor el que condujo a los visitantes hasta el laboratorio del padre de Lana.
Una vez allí y tras invitara los dos jóvenes para que tomaran asiento, el profesor Snader entregó a la muchacha un paquete, cuidadosamente lacrado.
— Aquí tiene, miss Drake, todos los documentos que dejó el profesor. Me he permitido estudiar con detalle sus observaciones y hasta he seguido recogiendo los datos que continúa proporcionando el "geo-radar". La existencia de la fisura, de la que habla su padre en esos escritos, es exacta y lo verdaderamente terrible es que continúa aumentando de tamaño de una manera tremenda.
Fue entonces cuando Foldester creyó llegado el momento de

intervenir.
— ¿Cree usted, en efecto, que corremos un serio peligro?
— Estoy completamente convencido, señor —repuso Snader—. Todo lo que ha ocurrido esta mañana en el Instituto Nuclear no ha sido, a mi juicio, más que una diabólica comedia del profesor Francis. Antes de venir al laboratorio de sismología, trabajé varios años con Francis, en su laboratorio particular de Nevada —hizo una pausa que demostraba que estaba buscando con cuidado las palabras que se disponía a utilizar—. No sé como va usted a juzgar lo que voy a decirle, pero tengo casi la seguridad de que Alan O. Francis tiene perturbadas sus facultades mentales.
Foldester no experimentó la sorpresa que hubiera debido manifestar. Su ausencia de reacción se debía a que su cerebro iba encontrando lentamente la trama oculta de todo aquello. No es que pudiese considerar las cosas con una claridad meridiana; en realidad, muchos aspectos del problema permanecían aún misteriosamente oscuros en su conciencia.
Casi inmediatamente sintió ganas de salir de allí y así lo manifestó a su joven compañera, que, después de agradecer a Snader la recuperación de los documentos del difunto profesor Drake, se cogió familiarmente del brazo de Henry y abandonó en su compañía los subterráneos del laboratorio de sismología.
Después de acompañar un rato a la joven, Foldester, profundamente preocupado, regresó al hotel, donde le esperaba su inseparable Holmer.
— ¡Ya es hora que se te vea, jefe! Me voy dando cuenta de que los átomos no son las cosas más peligrosas del mundo; hay por ahí algunas mujeres que tienen más poder de desintegración que todos los corpúsculos de uranio juntos.
— Quiero hablar en serio contigo —dijo Foldester después de sonreír a las palabras que acababa de pronunciar su amigo.
Durante una larga hora Henry habló, sin ser interrumpido por Holmer más que en contadas ocasiones. Foldester le expuso el audaz plan que había concebido y que debían desarrollar los dos, de perfecto acuerdo.
Finalmente, cuando Henry terminó sus explicaciones, el otro le miro con asombro. Luego, sonriendo, dijo:
— No te molestes, Foldester, pero debías hacerme un poder, una especie de testamento especial para hacerme cargo de esa preciosidad que va a tener la desdicha de enviudar antes de casarse —levantó la mano derecha—. Te juro solemnemente que cuidaré de ella hasta lograr que no se acuerde de haberte conocido.

CAPÍTULO IV

Una orden severa fue transmitida a todas las partes del Mundo para que se suprimiesen, durante cuarenta y ocho horas, todos los vuelos, dejando completamente libres las "tele—rutas" que iban a ser exclusivamente empleadas por los aviones que acompañaban al profesor Francis en su viaje de investigación a Siberia.
La expectación general alcanzo límites inusitados y los Bancos y el comercio en general del orbe entero cerró sus puertas asociándose al movimiento de angustia que reinaba por doquier.
Las gentes deambulaban por las calles comentándolo, de mil maneras distintas, los resultados de aquel vuelo en el que tenían clavados los ojos todos los habitantes del Planeta.
En las grandes ciudades orientales del Asia, las fuerzas públicas observaron con sorpresa que el movimiento de asustadas gentes que se dirigían hacia los puntos de embarque había disminuido de una manera considerable. Por todos lados, por calles y plazas, en todas las ciudades, en los pueblos, en las residencias fabriles y hasta en las lejanas montañas, los jóvenes exaltados se agrupaban blandiendo enormes letreros en los que se aplaudía y se confiaba en la personalidad del profesor Francis, exigiendo, por el contrario, la muerte de Them-Lu.
Entretanto, los dos profesores surcaban el espacio en el maravilloso "Ultrakomet", de tamaño reducido, propiedad de Francis. El avión era un dechado de perfección y estaba dotado, cosa que no le ocurría a ningún otro, de un motor nuclear inventado por su dueño. que le hacía alcanzar casi el doble de la velocidad que obtenían las más rápidas aeronaves.
En la transparente cabina, sentados uno junto al otro en los dos sillones delanteros de la proa, los dos hombres miraban el espacio que, a pesar de la enorme velocidad a que volaban, parecía tan inmóvil como se ofreció, millones de años antes, a los atónitos ojos del hombre prehistórico.
Desde que habían salido de Nueva York guardaron un silencio completo, como si se ignorasen mutuamente. La única diferencia que se mostraba en sus rostros era, en el de Francis, el brillo intensísimo de sus pupilas, mientras en el del asiático la máscara de su raza parecía crearen su rostro una expresión de profundidad insondable.
La cohorte de aviones que acompañaban a la expedición iba bastante detrás, ocupando una enorme extensión de espacio y marchando por las correspondientes "tele-rutas” que se habían designado a cada uno de ellos.
No tardó mucho el rapidísimo aparato del profesor Francis en atravesar el helado Círculo Norte y penetrar directamente en el continente asiático. Minutos mas tarde, el avión sobrevolaba la región

de los cráteres que habían quedado como cicatrices horribles de la Tercera Guerra Mundial. Casi inmediatamente contemplaron los esféricos Depósitos en cuyo fondo se ocultaba el pavoroso problema que habían ido a desentrañar.
Los ojos de los dos hombres se centraron en los iluminados círculos del "contador atomoscópico”. Todas las agujas vibraban ligeramente sin manifestar todavía cualquier determinada reacción.
De repente, la mirada aguda de Them-Lu observó un movimiento acelerado en la que pertenecía al Círculo de los "neutrinos". Fue entonces cuando levantó su triunfante cabeza hacía su contrincante.
Pero la sorpresa hizo que por primera vez su rostro manifestase plenamente la sensación que se había apoderado de él.

¡LA NEGRA BOCA DEL CAÑÓN DE LA PISTOLA QUE SOSTENÍA FRANCIS LE APUNTABA DECIDIDAMENTE A LA CABEZA!

* * *

Desde la pista del Aeropuerto, Foldester contempló cómo su buen amigo Holmer se alejaba en uno de los gigantescos "Ultrakomet", que iba repleto de los representantes de la Prensa del mundo entero.
Hacía ya algunos minutos que el poderoso aparato del profesor Francis había desaparecido como una flecha de plata en el horizonte. Por el mismo camino se alejaba ahora el avión donde iba Holmer, y Henry sintió un estremecimiento al pensar que aquella vez podría convertirse en la última en que Holmer volviese a ver a su jefe.
Tentado estuvo de ir a despedirse de Lana, pero juzgó mucho más conveniente realizar el plan que había concebido, sin dilación alguna, ya que los acontecimientos podían precipitarse mucho más de lo que él mismo pensara.
Mientras se dirigía a pie a su hotel, para estirar un poco las piernas, observó con cierta repugnancia la banal alegría que reinaba en la ciudad. Leyó con aseo las pancartas en las que se pedía la muerte de Them-Lu y aquel nombre le recordó al simpático sabio y el oriental banquete que le había ofrecido recientemente.
Parecía mentira que los hombres se dejasen llevar, como en cualquier tiempo pasado, por el prestigio de una personalidad cuyo saber eran incapaces de juzgar. Todo aquello le demostraba categóricamente que el hombre seguía siendo el mismo niño, igual que desde los principios de la Historia.
Una vez en la habitación del hotel, escribió una larga carta en prevención de que algún accidente mortal le impidiese explicar los motivos que le habían impelido a dar tan importante paso. Luego, abriendo uno de los cajones de un mueble vecino a su lecho, se

apoderó de su pistola.
Durante unos instantes sopesó cuidadosamente el arma en la palma abierta de su mano como si desease convencerse de que era una realidad que, sin duda alguna, tendría que emplear muy pronto.
Le costó bastante convencer a un conductor de un helicóptero de gran tamaño para que le llevase al lejano lugar al que deseaba ir. Finalmente, una fuerte suma de dinero convenció satisfactoriamente al piloto del aparato.
Llegó a Nevada muy cerca del atardecer. El sol, en el horizonte, parecía incendiar las cimas de las montañas. Después de orientarse, hizo que el aparato aterrizase en las cercanías de un colosal edificio, propiedad del profesor Francis, en el que estaba situado su laboratorio particular.
Después de despedir al helicóptero, se sentó sobre uno de los bancos de piedra que bordeaban el camino que conducía a la residencia del profesor y, lanzando constantes ojeadas al cielo, fumó cigarrillo tras cigarrillo intentando consumir la impaciencia que le dominaba.
Cuando las primeras sombras cayeron sobre la tierra, viniendo de las montañas, y el aire pareció cargarse de la peculiar neblina que anunciaba el anochecer, Foldester vio acercarse, a una fantástica velocidad, la luminosa silueta del aparato de Francis.
El avión, reduciendo bruscamente su marcha, penetró después de planear por una especie de rampa que sobresalía del edificio.
Rápidamente, el joven periodista avanzó hacia la residencia, logrando, después de no pocos esfuerzos, encaramarse hasta la primera terraza que sobresalía de la fachada.
El silencio y la quietud parecían hermanarse en el interior de la casa. Foldester, moviéndose con toda clase de precauciones, avanzó cautelosamente por alfombrados e interminables pasillos, sintiendo que la soledad de aquella mansión era extraordinaria.
La luz que iluminaba las estancias que iba atravesando constituyó una magnífica orientación para él. Finalmente, después de descender una interminable escalera que conducía a los sótanos de la casa, se detuvo ante una puerta entreabierta que dejaba escapar por la abertura un poderoso haz de luz.
Fue entonces cuando oyó una siniestra carcajada que retumbaba con mil ecos y que le produjo un involuntario escalofrío. Luego, un creciente rumor, como si un poderoso motor se hubiese puesto en marcha, llegó hasta él.
Decidido a todo, empuñó la pistola y empujando violentamente la puerta irrumpió en la estancia.

* * *

Them-Lu contempló con asombro la inesperada actitud del profesor Francis.
Éste, sin dejar de amenazarle con su pistola, se apoderó de un cable que tenía junto a su sillón de mando, atando sólidamente en el suyo al profesor coreano.
— ¡Mire la aguja de los "neutrinos"! —gritó con voz ronca—. ¡Mire cómo oscila cada vez más! Ha sido usted lo bastante estúpido para caer en la trampa. Tan estúpido como todos los hombres del mundo que están esperando que les diga que no van a morir. —Lanzó una siniestra carcajada y añadió, con voz despectiva—. ¡Son unos cobardes! Durante años, desde que empecé a estudiar la maravillosa vida de los átomos, he esperado este momento con todo el ansia de mi corazón. Yo desprecio a la Humanidad y la odio porque se atrevió a utilizar la maravillosa fuerza nuclear como si se tratase de los esclavos que construyeron las Pirámides de Egipto o como cualquier otra clase de obreros. ¡He sido yo el que ha profundizado más en el estudio del átomo, el que ha resuelto las ecuaciones que han logrado explicar definitivamente los misterios de lo infinitamente pequeño! —Sus ojos parecían salirse de las órbitas—. ¡Yo soy el dueño absoluto de los átomos! ¡Todos son míos!... ¡Míos!
Them-Lu se percató claramente de que aquel hombre estaba loco. Un terrible delirio, una espantosa megalomanía, un endiosamiento al que le había conducido el estudio, había perturbado aquel formidable cerebro hasta convertirlo en una mente criminal que constituía un serlo peligro para el mundo.
— ¡Observe como se mueve la aguja de los "neutrinos"! He sido yo quien los ha lanzado a la atmósfera para demostrar a la Humanidad que hay algo más importante, más poderoso que ella. Hasta ahora no he hecho mas que lanzamientos parciales; uno de ellos el que provocó la desintegración de los buques en el Atlántico Norte; el otro, el que esta creando esa gigantesca fisura de la que usted ha hablado —sus ojos tomaron un brillo tan atroz que el rostro reflejó una expresión demoníaca—. ¡Ahora, delante de usted, procederé a lanzar todos los "neutrinos" de un golpe! Las explosiones nucleares se sucederán, una tras otra, hasta que el Planeta se desintegre por entero! El desquite de los átomos, de mis átomos. Además de usted, el profesor Drake adivinó mis intenciones... ¡Por eso lo maté!
Them-Lu se dio cuenta de que iba a asistir al Fin del Mundo. Desde hacia años, muchas autorizadas voces hablan expresado su disconformidad acerca de la soberbia que iba naciendo en los corazones de muchos hombres de ciencia. Se repetía ahora el gesto de orgullo del Ángel de las Sombras, la tentación de Adán, que en éstos instantes ponía un poder espantosamente potente en la mano de aquel demente.

El aparato, después de evolucionar varias veces sobre la zona de los Grandes Depósitos, viró en redondo, poniendo proa al Oeste. Francis se había acercado al emisor de televisión.

— Comunico al Mundo —dijo con voz engolada— que no hay peligro alguno y que las observaciones del profesor Them-Lu son completamente falsas.

El asiático intentó, inútilmente, disminuir la presión de las ligaduras que le mantenían sujeto al sillón del "Ultrakomet".

— ¡Es usted un canalla! —rugió.

Francis soltó una risa breve y sardónica.

— Ningún insulto puede hacerme daño ya —dijo—. En estos momentos soy el dueño absoluto de los destinos del Planeta y las palabras, fueren las que fueren, carecen de toda importancia. Las que acabo de decir eran necesarias para calmar un poco a los que las esperaban. Muy pronto aprenderán que sus existencias no tienen la menor importancia —se apoderó de los mandos del aparato—. Vamos a Nevada, a mi laboratorio, para acabar de una vez para siempre con los que creyeron que los átomos eran unos simples esclavos.

El avión, a toda velocidad, surco el espacio que le separaba de América. Volaba muy alto y la visibilidad era completamente nula. Francis confió los mandos al "piloto electrónico" y entorno los ojos, reclinándose en el sillón, como si gozase de aquél momento que había esperado casi toda su vida...

Cuando el aparato, después de planear, penetró en la rampa de aterrizaje de la Residencia de Alan en Nevada, Them-Lu consideró que el mundo estaba perdido. Una, vez que el "Ultrakomet" se detuvo, frenado por un dispositivo especial de "ondas gruesas", que realizaban el mismo cometido que una densa corriente de agua, Francis, empuñando su pistola, desató al coreano, haciendo que le precediera a través de los alfombrados pasillos hasta los sótanos en que estaba situado el laboratorio.

Them-Lu hubo de confesarse que la instalación de aquel centro de ciencia era verdaderamente maravillosa. Cuando estuvo nuevamente atado a un sillón, frente a un gigantesco aparato, Francis se volvió hacia el.

— ¡Éste es mi generador de "neutrinos"!

Señalaba al aparato con un gesto de inconfundible orgullo; como si mostrase su obra cumbre. Them-Lu, a pesar de las trágicas circunstancias de aquellos momentos, no pudo menos de admirar la maravillosa obra que tenía ante sus ojos.

El generador de "neutrinos" parecía un colosal blindado; un tanque realizado por la imaginación de un artista cubista. Recubierto de planchas de plomo, la parte eléctrica, que se veía a través de una capa de plástico transparente, demostraba su tremenda potencia.

Francis, que leía la sorpresa en el rostro del asiático, se mostró complacido.
— ¡Ha sido la obra de mi vida! No puede usted imaginarse la ardua labor que hube de realizar para poder aislar, dentro del fantástico torbellino del átomo desintegrado, esos corpúsculos que, como usted sabe, no son mas que "quanta" de energía (1). Potencias sin manifestación material, trozos de fuerza capaces de destrozar la estabilidad del mundo. ¡Ahora podrá ver la potencia de su acción!
(1) Los "quanta" de energía, descubiertos por Plauk, corresponden a los corpúsculos de la categoría de los "fotones" y "neutrinos".
Extendió la mano, pulsando el botón que ponía en marcha el generador eléctrico. Una vez que éste hubiese conseguido la fuerza suficiente para proceder a la gigantesca descarga que liberaría los "neutrinos"... ¡El mundo habría acabado para siempre!
Them-Lu se estremeció al pensar en los hombres, las mujeres y los niños que, en aquellos momentos saltarían de contento después de haber recibido la falsa noticia tranquilizadora de Francis. La horrible traición que aquel hombre iba a cometer con la Humanidad no tenía nombre.
Con los ojos desorbitados, el asiático contemplaba el enorme aparato que iba poniéndose en marcha rápidamente. Una luz roja se encendió en aquel momento, en el cuadro de mandos, indicando que la potencia eléctrica que se necesitaba se había logrado.
Ante la mirada horrorizada de Them-Lu, Francis lanzó una carcajada de demente, avanzando hacia el cuadro de mandos. Apoderándose de uno de los interruptores, se volvió hacia el profesor coreano.
— ¡Voy a destruir el mundo! —gritó con voz histérica.
Y cuando su mano inició el fatal movimiento que iba {desencadenar la brutal salida de los "neutrinos", la puerta se abrió, al tiempo que un fogonazo abría una especie de flor rojiza en el aire.
El profesor Alan O. Francis cayó pesadamente, desplomándose como una masa inerte.
— ¡Suba ese interruptor! —gritó Them-Lu que no separaba sus ojos del negro mango de ebonita.
Foldester obedeció prestamente; luego, tras librar al coreano de sus ataduras, se contemplaron ambos en silencio, sin atreverse a decir una sola palabra. Finalmente, Them-Lu extendió su diestra que el otro estrechó con fuerza.
— ¡Acaba de salvar usted al mundo! —exclamó emocionado—. Ahora hemos de volar en busca de las autoridades para resolver el terrible peligro que sigue existiendo en la región de los grandes Depósitos.

* * *

¿Por qué los hombres del Siglo XXI seguirán desoyendo la verdad?
Así ocurrió entonces. Igual que en cualquier tiempo pasado. Y es que la naturaleza humana lleva, en la carne y en el espíritu, desde siempre y hasta siempre, la mácula del pecado original.
A pesar de las órdenes que se cursaron, horas después de que el profesor Francis dirigiese su falso mensaje al Mundo, los habitantes de Asia desoyeron los avisos, las advertencias. Porque cuando la mentira significa comodidad y la verdad peligro, lucha, inquietud, el corazón humano no duda, casi nunca, en hacer una elección que, a la postre, es siempre fatal.
Los temibles "neutrinos" realizaron totalmente su nefasta misión hasta que su energía se consumió. Pero cuando esto llegó, el mar, penetrando por la enorme fisura que los corpúsculos habían hecho, cubrió una gran extensión de tierras, que pagaron el tributo de la vida que había sobre ellas.
Once ciudades, en un círculo de cerca de 100.000 kilómetros cuadrados, desaparecieron del Planeta. Dos millones de criaturas fueron engullidas por aquel rugiente brazo de mar que brotó, como el mas gigantesco "geiser" que se haya conocido, de las entrañas de la Tierra.
¡Ahí ha quedado la prueba para lección de los siglos venideros!
Un nuevo mar interno pinta en los tratados de Geografía aquel episodio que se denominó "La rebelión de los átomos". Y para escarmiento de los confiados, de los débiles, de los que prefieren la vistosa mentira a la cruda y desnuda verdad; aquella porción de agua se ha bautizado con el nombre del ser cuya soberbia causó la tragedia:
¡El Mar Francis!

* * *

Foldester había preferido irse en seguida.
El hermoso helicóptero que conducía había sido uno de los regalos que el Instituto Nuclear de Nueva York le hizo. De último modelo, estaba dotado de toda clase de comodidades y ni un solo detalle había sido olvidado en su construcción.
Sin embargo, el periodista odiaba aquel aparato.
El brazo de su esposa se posó sobre el suyo, como sí la joven hubiese adivinado la lucha mental del hombre. Pero no era así. En realidad, Lana quería llamar la atención de su esposo hacía el paisaje que se contemplaba a través de la lamina transparente de la cabina.
— ¡Qué maravilloso es esto! —exclamó con una alegría infantil.
Al momento, las negras ideas que atravesaban el cerebro de Foldester se disolvieron en la nada. Una sonrisa, repleta de entusiasmo, apareció

en sus labios, al tiempo que se borraban las arrugas que, instantes antes envejecían su rostro.
— ¿Te gusta? —inquirió mirándola con ternura.
— ¡Es encantador! —repuso ella aumentando la presión de su mano sobre el brazo dé Henry como para dar más fuerza a sus palabras.
Él siguió la dirección de la mirada de Lana.
Abajo, como una alfombra de un verde bellísimo, los bosques cubrían las altas montañas en una quietud maravillosa. La Naturaleza guardaba allí una primitiva pureza que, en aquel Siglo de gigantescas ciudades, era como un recuerdo de lo que había sido creado.
Foldester, con la izquierda, apagó bruscamente el botón del mecanismo de "termo—acondicionamiento" de que estaba provisto el aparato. Luego, pulsando otro, hizo que la cabina, al descorrerse las planchas de plástico, tomase contacto directo con el aire exterior.
Ambos respiraron a pleno pulmón la brisa que les traía los olores de la tierra, de las plantas y de los animales en un conjunto aliento de pureza.
— ¡Respira fuerte, querida! —exclamó él—. Estas en contacto con mi tierra, con la vida y las cosas que me rodearon al nacer—. Miro con rabia el interior del aparato—. ¡Se acabaron las "delicias" de la supercivilización! Todo el dinero que he recibido como premio a lo que hice, aunque no lo merezco, lo he empleado en comprar un montón de kilómetros cuadrados de estas montañas. ¡Verás la casa que he hecho construir! Dirás, sin duda, que me he inspirado en una de aquellas habitaciones coloniales que se ven en el Museo de la Vida de Nueva York...; estoy seguro que no he copiado nada de allí. La verdad es que la casita que he mandado hacer estaba en mi imaginación, dormida en mis sueños, acurrucada en mis quimeras desde niño. No podría explicarte, aunque lo quisiera, el porqué de todas estas cosas. Quizá no haya logrado adaptarme a la época que vivimos; puede ser que la voz de algún antepasado mío me grite al oído su protesta por los tiempos actuales.
Ella se acercó a él y el helicóptero se inclinó al olvidar Henry, por unos instantes, los mandos. El beso duró bastante rato.
— ¡Cómo te quiero, señor Foldester! —dijo ella con los ojos semicerrados.
Él sonrió repleto de felicidad.
— ¡Imagínate! —siguió hablando—. Una casa sin ningún mecanismo moderno, con una enorme chimenea de leña en cada habitación. Sin televisión, ni "termo-stat", ni telefonovisor. Sin noticias horribles cada día; sin sensacionales historias de horrendas catástrofes. ¡Sin ruidos humanos! Con un despertar natural, con sillones fríos en invierno y calientes en verano... No puedes imaginarte lo dichosos que vamos a ser...

Señaló a la tierra que parecía moverse bajo el helicóptero.
— ¡Mira!
Una ligera forma grisácea saltaba por entre las altas hierbas.
— Es un canguro —dijo él—. Quedan muy pocos; pero serán nuestros vecinos desde ahora. Ellos representan algo no inventado por el hombre; algo que no ha nacido de la complicada mente de un sabio; algo que escapa a los cálculos de los "cerebros electrónicos", a los "medidores de ondas", a, los "contadores atomoscópicos". Algo que, como los árboles, las piedras, el cielo y el agua, el amanecer y el atardecer, pertenecen y pertenecerán a lo que se nos dio cuando vinimos a la Tierra. Algo que, como nosotros, ha sido creado para la paz y el amor...
La explanada en la que se veía la casa blanca que había hecho construir Foldester, apareció de repente. Lana se la quedó mirando intensamente hasta que las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.
Era un llanto de entusiasmo, como una muda canción o, quizá, mejor, como una oración que brotase en aquellas brillantes lágrimas. Sobre todo para ella, que había vivido siempre en el seno de la civilización hórrida del siglo, envuelta por el rugiente caos de las cosas mecánicas; bajo un cielo que la luz artificial hacía triste y plomizo.
— Aquí viviremos —dijo Foldester— hasta que Dios nos reclame. Pasaremos frío y calor como los animales y las plantas; tendremos la alegría de las cosas que nos rodeen y un cielo al que mirar y rezar en el silencio de las noches estrelladas. Mi único deseo es que nuestros hijos no nazcan entre hombres que tiemblen como lo hacen los terribles corpúsculos que rodean al átomo.

FIN

Notas

[←1]

Segunda Guerra Mundial.

[←2]
Tercera Guerra Mundial.

[←3]

Los "fotones" y "neutrinos" son corpúsculos elementales que no poseen masa, y que, por tanto, están compuestos de energía.

[←4]

Véase el título de esta colección: "La invasión de los hielos".

[←5]

La constitución del átomo recuerda la de un sistema planetario, cuyo sol fuese el "protón", partícula de mayor masa. A su alrededor, los electrones giran velozmente por sus órbitas.

[←6]
Coches negros aéreos.

[←7]

Air Germany Police.— Policía alemana del Aire.

[←8]

Diversas teorías cabalísticas, influenciadas por vagos temores de origen supersticioso y apoyadas por una falsa interpretación de algunos textos antiguos, sembraron, durante el curso del siglo X, la creencia llamada "milenaria" que hizo temer a las gentes de que la llegada del año 1000 coincidiría con el Fin del Mundo.

Una ola de espantoso terror inundó Europa entera. Las gentes, alocadas por la llegada del Fin del Mundo, acometieron toda clase de excesos o se encerraron en una hipócrita mística. Un desquiciamiento social acompañó los últimos momentos que precedieron al final de la última noche del año 999.

Grotescas escenas y, la mayoría de las veces inexplicables hechos, que sólo podían concebirse en la mente alocada de aquellas gentes que sufrían de un indecible pánico, sembraron de horror los campos y las ciudades como muestra de la debilidad y hasta de la estupidez de los humanos.

Naturalmente que muchos hombres, sensatos y convencidos de la incongruencia de tales pronósticos, permanecieron tranquilos sabiendo que el 1 de enero del año 1000 llegaría como otro día más. Y así ocurrió en efecto.